

5040



EDITORIAL PROGRAMA

BUENOS AIRES - ARGENTINA

TÍTULOS A PUBLICARSE:

RUBEN BORTNIK: El Ejército y el arte de lo posible (PERSPECTIVAS DE UNA POLÍTICA MILITAR, HOY Y AQUÍ).

ALBERTO BELLONI: Reformismo y revolución en el movimiento obrero.

Acerca de otra polémica (DE QUÉ MANERA WRIGHT MILLS REFUTA A MARX).

SERIE ILUSTRADA:

LAS GUERRAS NACIONALES (DE PANCHO RAMÍREZ A FELIPE VARELA). Dibujos de Ricardo Carpani, con texto de Rubén Bortnik.

MARTÍN FIERRO, DE JOSÉ HERNÁNDEZ, ilustrado por Ricardo Carpani.

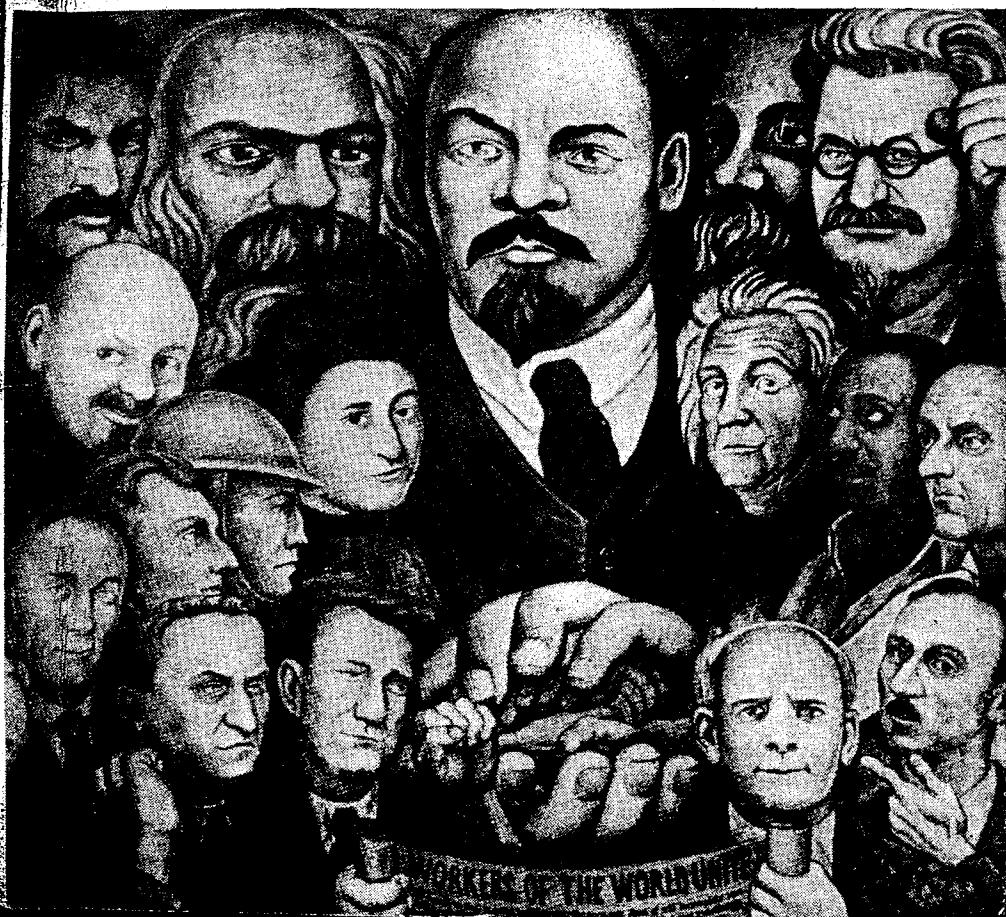
HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO ARGENTINO. Dibujos de Ricardo Carpani, con texto de Alberto Belloni.

PROGRAMA

ESTADOS UNIDOS SOCIASTAS DE AMÉRICA LATINA

RICARDO CARPANI ESTRATEGIA Y REVOLUCIÓN

sectorismo y oportunismo
en la política argentina



PROGRAMA

PARA LOS ESTADOS UNIDOS SOCIALISTAS DE AMERICA LATINA

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 818769

Comité Editor:

ALBERTO BELLONI - RICARDO CARPANI - RUBEN BORTNIK

Director:

ALBERTO BELLONI

2 Marzo
1965

NUESTRA PORTADA

Fresco pintado por Diego Rivera en la New Workers' School de New York (U. S. A., en 1933). Los principales representados son: Stalin, Marx, Lenin, Trotsky, Bojarin, Rosa Luxemburgo, Leon Trotsky, W. Z. Foster, J. Lovestone, James P. Cannon, C. E. Ruthenberg y Perlman Wolfe. Debe aclararse que la reproducción del fresco obedece a razones de índole artística, histórica y política, pero no implica una coincidencia con las motivaciones y las valoraciones del artista.

NOTA PRELIMINAR

El trabajo de RICARDO CARPANI "Estrategia y Revolución", al cual está dedicado el segundo número de PROGRAMA, constituye una seria tentativa de enfocar algunos problemas fundamentales que debe resolver el movimiento de izquierda para poder franquear la etapa en que se encuentra actualmente.

Al mismo tiempo, significa un esfuerzo por replantear esos problemas en sus términos reales, eliminando los detritus que en forma lenta pero continua se han depositado sobre el suelo firme de la teoría marxista, y que han contribuido a crear una verdadera ciénaga, un verdadero cangrejal, en que han ido desapareciendo los mejores esfuerzos de los hombres de izquierda para crear algo valeadero y duradero.

Es conveniente dar una breve visión panorámica del pantano izquierdista, por supuesto sin ninguna pretensión de agotar el tema.

El comienzo de toda sabiduría, la primera aproximación a la verdad, la entrada a la buena senda, en la Argentina, implican apreciar correctamente el papel histórico de los partidos "socialista" y "comunista". Oportunista desde su fundación el primero, contrarrevolucionario el segundo desde la muerte de Lenin, ofrecieron a las masas populares argentinas una imagen distorsionada y caricaturesca del socialismo científico y del movimiento revolucionario. Su castigo histórico fue el peronismo, del cual se convirtieron inmediatamente en firmes detractores.

Ya marginados de las corrientes centrales del devenir político-social de nuestro país, se transformaron definitivamente en sectas cómodas, curiosas mezclas de sociedades recreativas y asociaciones de socorro mutuo, en que se puede encontrarlo todo, desde una esposa hasta un crédito pagadero en diez mensualidades. Esas sectas —sobre todo en el caso del P. C.— actúan como techo, como ámbito protector, como una progenitora, que da respuestas —no interesa si correctas o no— a todos los problemas. Penetrar en esa comunidad de fieles es hallar la seguridad, la paz del alma, la forma de conciliar el futuro con el presente, los "ideales" con las negras necesidades de la vida diaria. No hacemos ni somos nada, pero en la Unión Soviética se construyen inmensos diques. No pesamos en absoluto en la vida política de nuestro país, pero cotizamos al "partido", y por consiguiente, estamos salvados. Si la Revolución viniera, no estaríamos entre los reprobos, sino entre los elegidos, y de paso pescaríamos los mejores puestos. Para eso está el "carnet", con la cuota al día.

Por el contrario, ante quienes son expulsados del paraíso, se abre el infierno, el fuego eterno. Cortado el cordón umbilical, sufren el trauma freudiano del nacimiento, y erran como almas en pena, buscando un nuevo techo protector, una nueva autoridad establecida, como la anterior, con

firmar soporte estatal en lo posible, a cuya voz de mando se pueda obedecer con confianza. Perdida la bendición apostólica moscovita, se busca al nuevo patriarca en Pekín, en La Habana o en Belgrado. Los más audaces miran inclusive a El Cairo. Muy raras veces alguien se aventura más allá.

Es necesario aclarar que estamos haciendo el retrato psicológico del pequeño-burgués izquierdista, ávido de seguir a alguien, quienquiera que sea? El respeto a la autoridad, el acatamiento a las formas y estructuras establecidas, la incapacidad para romper orgánicamente con el pasado, son sus características intrínsecas e indestructibles, basadas en su naturaleza de clase, y lo empujan al servilismo político, a la sumisión, a no abandonar a un amo sin antes tener la seguridad de haber encontrado a otro.

Pero esto no agota el panorama. Al margen de estas tiendas políticas, y recorriendo una zona mucho más difícil, se mueven los franco-tiradores. Cada uno tiene su método propio para cazar la presa inasible. Son la sal del mundo, y sin ellos la vida sería intolerable. ¡Piénsese en lo que sería el escenario político argentino sin la presencia de un Jorge Abelardo Ramos, el abismo grisáceo, tedioso y monótono en que habría caído, y que en otros estados de América Latina se padecerá en forma casi permanente!

Sin embargo, el defecto esencial del franco-tirador, la maldición inherente que lleva a cuestas, y que en muchos casos no consigue sacarse de encima, consiste en el hecho de que está aislado, y de que convierte ese defecto en una virtud, en un punto de partida. De ahí arrancan una serie de métodos heterogéneos y heterodoxos, algunos muy ingeniosos, pero siempre ineficaces desde el punto de vista de las finalidades revolucionarias que se persiguen. Sin que la enumeración que sigue pueda ser considerada como exhaustiva, señalemos algunos de estos métodos:

a) La acción política a distancia y por control remoto. Requiere talento y agudeza psicológica. Se actúa a la manera del "Peludo", vale decir, se predicen algunas ideas importantes en un pequeño grupo de íntimos y se deja que esas ideas se propaguen en círculos concéntricos cada vez más extensos, que ignoran su origen.

b) El "aparato financiero". Se organiza un grupo férreamente disciplinado, a la manera jesuítica, en el cual se le indica a cada militante donde debe dormir y lo que debe comer, sacándole hasta el último peso que no le sea imprescindible para su subsistencia fisiológica. Los dirigentes pueden viajar a París, a Ceylán o adonde se les dé la gana.

c) Los buscadores de "manijas". Se lanza un núcleo político, de ideas avanzadas, pero no demasiado, para no perder el contacto con la realidad, y se espera con desesperación cualquier elección nacional, provincial o municipal, para ver si de una vez por todas se da la buena, y uno puede prenderse de alguna "manija" salvadora.

d) "West Side Story" ("Amor sin barreras"). Se forma un núcleo juvenil que practique un vociferante antiperonismo, o un vociferante peronismo, o ambos a la vez, según el medio en que se actúe. Se asaltan bancos extranjeros "para recolectar fondos para el movimiento", etc.

e) Nasser. Se busca a cualquier honrado general, con la vista fijada en el escalafón, y se trata de convencerlo que debe salvar la Patria; para poder decirle, en el momento oportuno: "¡Presente, mi general!"

f) Doctor Goebbels. Se trabaja como asesores de algún dirigente peronista, tratando de descubrirle intenciones revolucionarias.

g), h), i), ... Combinaciones diversas de los métodos anteriores.

Todos los métodos anteriormente enunciados tienen algo en común: representan una tentativa de acortar caminos, de sortear obstáculos, de encontrar un atajo salvador hacia la Revolución, evitando el fatigoso período de formulación de un programa, de su discusión, de su contratación con la realidad, etc. Si Fidel Castro tuvo que hacer pie en la Sierra Maestra con el fusil en la mano, si Nasser pasó del Colegio Militar a un semi-socialismo, etc., etc., ¿para qué perder el tiempo en minucias teóricas? Gris es el árbol de la teoría, pero el árbol de la vida es por siempre verde! Por consiguiente, ¡abajo la teoría, viva la vida!

Sin embargo, quienes argumentan así olvidan tres hechos esenciales: 1º) que el período de liquidación de las consecuencias de la segunda guerra mundial, que hizo posible la toma del poder por Tito, Mao y Nasser, ha concluido, como lo demuestra la lucha sin salida en Vietnam del Sur; 2º) que una guerra de liberación nacional, como en Argelia, o una guerra de guerrillas, como en Cuba, son imposibles en la Argentina, por razones políticas y militares; 3º) que en la Argentina, país maduro, sólo un movimiento social de gran envergadura, entroncado en nuestro pasado histórico y político y con un programa perfectamente coherente y ampliamente discutido y difundido en sus aspectos esenciales, puede conducir a las masas a un cambio radical de estructuras y de modos de vida.

Esta convicción de que el camino más largo es en realidad el más corto, esta seguridad de que en la actualidad no hay métodos fáciles ni artimañas que valgan, son los que han presidido la preparación y publicación de PROGRAMA, que al dar ahora cabida en sus páginas al trabajo de CARPANI, dirige a todos los núcleos y militantes revolucionarios, sin excepción, un llamado a analizar y discutir sus posiciones.

INDICE

| | Pág. |
|--|------|
| INTRODUCCIÓN | 5 |
| I - CONDICIONES BÁSICAS DE UNA ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA | 6 |
| 1. Finalidad y Conocimiento del Terreno. | |
| 2. Teoría Revolucionaria. | |
| 3. Programa Revolucionario. | |
| II - LA FINALIDAD REVOLUCIONARIA EN NUESTRO PAÍS | 7 |
| 1. Revolución: Caracterización General. | |
| 2. Finalidad Revolucionaria y Realidad Concreta. | |
| 3. Imperialismo y Frustración Nacional. | |
| 4. Desarrollo Industrial Relativo y Economía Capitalista en el Agro. | |
| 5. La Oligarquía. | |
| 6. La Burguesía Industrial. | |
| 7. Las Clases en el Campo. | |
| 8. La Clase Media. | |
| 9. La Clase Obrera. | |
| 10. Proletariado y Revolución Nacional. | |
| 11. La Unidad Socialista de América Latina. | |
| 12. Socialismo y Unidad Nacional. | |
| III - LA REALIDAD ARGENTINA | 18 |
| 1. Realidad Total y Clase Obrera. | |
| 2. Clase Obrera y Peronismo. | |
| 3. El Frente de Clases. | |
| 4. Pérdida Inmediata del Decisivo Peso Inicial de la Clase Obrera. | |
| 5. La "Izquierda" Cipaya. | |
| 6. Debilidad Relativa de la Clase Obrera. | |
| 7. La Burguesía Nacional. | |
| 8. La Burguesía "Nacional". | |
| 9. Los Tres Momentos de la Estrategia Revolucionaria. | |
| IV - LA DIRECCIÓN OBRERA REVOLUCIONARIA | 29 |
| 1. Peronismo y Dirección Obrera. | |
| 2. Condiciones de una Dirección Obrera. | |
| V - CRÍTICA DE LAS POLÍTICAS ENSAYADAS | 36 |
| 1. La Crisis de la "Izquierda". | |
| 2. Dos Actitudes Frente a la Realidad. | |
| 3. El Menosprecio de Todo Necesario Conocimiento de la Realidad. | |
| 4. La Apreciación Parcial de la Realidad. | |
| 5. El Empirismo Terrorista e Insurreccional. | |
| 6. El Empirismo "Entrista" y "Seguidista". | |
| 7. Guerrillerismo y Aventurerismo Insurreccional. | |
| 8. Guerrillerismo. | |
| 9. Terrorismo y Aventurerismo Insurreccional. | |
| 10. Sectarismo y Oportunismo. | |
| 11. Soluciones Oportunistas y/o Sectarias. | |
| 12. El Partido. | |
| 13. Ejército y Peronismo. | |
| 14. El Ejército Como Dirección Revolucionaria. | |
| 15. El Peronismo Como Dirección Revolucionaria. | |
| 16. La Reconstrucción del Frente. | |
| 17. La Burocracia Sindical Como Dirección Revolucionaria. | |
| 18. "Entrismo" y "Seguidismo": Oportunismo. | |
| CONCLUSIÓN | 63 |

ESTRATEGIA Y REVOLUCIÓN

INTRODUCCIÓN

El desenvolvimiento del proceso revolucionario en nuestro país se ve obstaculizado por la falta de una auténtica *dirección revolucionaria* que encauce a las masas por los senderos de su liberación. El llenar esta exigencia constituye, por lo tanto, el problema básico a cuya solución debe apuntar todo análisis de la realidad argentina efectuado desde el ángulo de los intereses de los trabajadores.

Sin embargo, una dirección revolucionaria no es tan sólo la simple consecuencia de un frío análisis de las condiciones generales necesarias para su concreción, efectuado a distancia del proceso, sino que emerge del proceso mismo, en base a fuerzas y factores ya actuantes en su seno. Es decir que son las masas quiénes se dan su propia dirección sobre la marcha misma de acciones políticas y revolucionarias en curso. Los modos y formas de acción de los grupos políticos y militantes obreros con vocación revolucionaria, en relación dialéctica con el grado de conciencia y combatividad de la clase obrera, son los que determinan su ulterior transformación en vanguardia directiva o su fracaso como tal. Pero como estos modos y formas de acción están, a su vez, determinados por las distintas concepciones ideológicas, intereses y situaciones de clase, etc., de esos militantes y grupos que los adoptan, resulta, entonces, que el problema de concretar una auténtica dirección revolucionaria (que efectivamente esté ligada a las masas, que realmente las conduzca) sólo puede solucionarse a partir de la existencia en ellos (existencia previa o, en su defecto, adquirida progresivamente en el transcurso de su militancia práctica) de un sistema de ideas objetivamente fundado y verdaderamente revolucionario, y de una estrategia derivada de la aplicación de dicho sistema de ideas a la realidad en que se actúa.

La estrategia, entendida como *línea general de acción en función de fines revolucionarios*, pasa, de este modo, a tener una importancia primordial, ya que de ella depende la solución del problema más inmediato y urgente con que tropieza nuestra revolución: el de la inexistencia de una auténtica dirección revolucionaria.

Determinar con corrección esa estrategia constituye, por lo tanto, en las actuales circunstancias, una necesidad impostergable. Trataremos en este trabajo de aportar algunos elementos para su logro.

I. CONDICIONES BÁSICAS DE UNA ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA

1. Finalidad y conocimiento del terreno

Toda estrategia presupone una finalidad a cuya concreción se tiende y de la cual deriva su razón de existir. Toda estrategia se traza, además, sobre un terreno determinado, a cuyas características debe necesariamente ajustarse. *La finalidad y el conocimiento del terreno constituyen las dos condiciones primeras para el trazado de una estrategia.* Determinar lo más claramente posible cuál es esa finalidad y cuáles son las características fundamentales del terreno en que se opera, habrá de ser, entonces, el punto de partida.

2. Teoría revolucionaria

Pero el cumplir con estas dos primeras condiciones implica, a su vez, obligatoriamente, la posesión previa de un sistema de ideas y de un método de análisis e interpretación de la realidad que nos permita orientarnos en la búsqueda de aquella finalidad y en la correcta valoración de las características del medio en que habrá de operarse. En el caso de una estrategia revolucionaria, ese sistema de ideas y el método que le corresponde sólo pueden ser aquéllos que constituyan la expresión teórica más avanzada de la clase social que encarna los intereses revolucionarios en el mundo actual. Esta clase es la clase obrera; y su expresión teórica, el marxismo. Sin esa teoría revolucionaria y sin el método que le corresponde, resulta imposible orientarse correctamente, en un sentido revolucionario, por los cauces del proceso histórico que se vive. Esa teoría y ese método expresan, pues, el grado de conciencia necesario al cumplimiento pleno del proceso revolucionario. Por lo tanto, *sin una concepción marxista del mundo y de la vida y sin el dominio de una metodología marxista es imposible, en nuestra época, el trazado de una correcta estrategia revolucionaria.*

3. Programa revolucionario

Al mismo tiempo, la determinación de los fines revolucionarios y la caracterización de la realidad en que se actúa implican de por sí la elaboración de un programa en el cual hallen expresión concreta, sistemática y detallada.

El programa constituye la expresión concentrada de la experiencia histórica del proletariado nacional e internacional. Es, pues, la base sobre la cual se habrá de elaborar la estrategia. *Sin programa revolucionario no puede haber una estrategia revolucionaria.* El empirismo político anula su posibilidad. La pura política de los medios es contradictoria con su existencia.

II. LA FINALIDAD REVOLUCIONARIA EN NUESTRO PAÍS

1. Revolución: caracterización general

Revolución significa, en líneas generales, cambio. Mas no un simple cambio cuantitativo, sino cambio radical y profundo; una modificación substancial de lo revolucionado. Implica, por lo tanto, un cierto rompimiento con el pasado. Rompimiento que constituye, a su vez, una *superación* de dicho pasado. De ahí que el cambio revolucionario únicamente puede serlo en un sentido positivo, de avance; progresista, en suma. Entendiendo por avance, positividad y progresismo, todo aquello que tiende a posibilitar el desarrollo integral del hombre, su liberación material y mental; su desalienación total.

Pero el concepto de superación implica a su vez el de *síntesis*. Todo proceso revolucionario, cualquiera sea el ámbito en que se desarrolle, constituye una negación del pasado, pero sintetizando sus aspectos más positivos. Sin superación de determinadas circunstancias no hay revolución, y la síntesis es la condición necesaria a toda superación.

De modo que la revolución niega el pasado, superándolo. Pero no sólo el pasado inmediato, sino todo el pasado histórico, al ser precisamente ese pasado inmediato un resultado de otros procesos anteriores que fueron determinando en sucesivas síntesis hasta culminar en él.

De ahí que el revolucionarismo "universalista" y abstracto —característico de nuestra "izquierda" liberal y cipaya— constituye, en sí mismo, una actitud ajena a la posición revolucionaria. Ya que, en su desvinculación e incomprendimiento del pasado histórico, mediato e inmediato, se desvincula de la realidad presente, condicionada por él, naufragando en la utopía, la impotencia y la supereditación a esquemas y políticas extraños. Y de ahí también que la "revolución nacional" de nuestros "nacionalistas" burgueses, pese a la fundamentación histórica de sus argumentaciones —pero al mismo tiempo en virtud del carácter de ellas—, al aferrarse a la conservación de estructuras y superestructuras por la misma historia rebasadas o en vía de ser rebasadas, excluye toda posibilidad de superación y de síntesis, condiciones indispensables, como hemos visto, para la revolución, determinando el contenido en última instancia reaccionario, antirrevolucionario y antinacional de su proclamada "revolución nacional".

2. Finalidad revolucionaria y realidad concreta

Ahora bien, al afirmar que revolución significa un *cambio estructural* de tipo *cuantitativo, superador* de todo el pasado *sintetizando* sus aspectos esenciales, estamos ya enumerando las condiciones necesarias a las que deberá ajustarse la finalidad revolucionaria en nuestro país.

Pero, al hablar de cambio, se hace imprescindible, antes que nada, determinar qué es lo que debe cambiar; especificar, aunque más no sea en líneas generales, los aspectos fundamentales de lo que se pretende modificar. Y así nos vemos obligados a abordar el otro requisito indispensable para el trazado de una estrategia revolucionaria, esto es: el conocimiento del terreno en que se opera. Tal obligación deriva del hecho de que una

clara finalidad revolucionaria no puede determinarse al margen de la realidad concreta, sino que debe surgir necesariamente condicionada por ella, y, de este modo, la determinación de la finalidad y el conocimiento de la realidad concreta no son tareas realizables por separado, sino que se hallan dialécticamente interrelacionadas. Para determinar la finalidad revolucionaria en un medio dado debemos conocer dicho medio, y esa finalidad, una vez precisada, habrá de guiarnos en la profundización del conocimiento de ese medio, profundización indispensable a los efectos de establecer de qué manera se llega al cumplimiento de aquella finalidad, cuál es el camino que conduce a su materialización, es decir, cuál es la estrategia adecuada; la verdadera estrategia revolucionaria.

3. Imperialismo y frustración nacional

Nuestro país constituye, en su más amplia caracterización, un estado semicolonial supeditado económica, política y culturalmente a la acción del imperialismo. Tal situación impide el cumplimiento de nuestro destino como pueblo y el desarrollo armónico de nuestras potencialidades en todos los ámbitos.

La persistente acción del imperialismo —en estrecha colaboración con las clases dominantes nativas— a través de nuestra historia, ha impedido la plena realización de las tareas democrático-burguesas o tareas nacionales, que garantizara el normal desarrollo del capitalismo, tal como se dio en las actuales potencias imperialistas.

El cumplimiento de dichas tareas será, pues, el objetivo inicial que deba plantearse una estrategia correcta, por constituir una necesidad insoslayable de nuestro desarrollo histórico; por constituir la base sobre la cual éste podrá realizarse.

La más importante y fundamental de todas ellas es la de la *unidad nacional*, en tanto punto de arranque de un crecimiento real de las fuerzas productivas, merced a la consolidación de un amplio mercado interno consumidor y abastecedor.

La unidad nacional se plantea entre nosotros como *unidad latinoamericana*; como realización, bajo nuevas condiciones, del frustrado intento bolivariano; como integración política y económica de los países de habla hispánica, más el Brasil y las colonias europeas que aún quedan, en un estado nacional único y soberano.

El cumplimiento *pleno y estable* de las restantes tareas democrático-burguesas —modificación del régimen de tenencia de la tierra y expulsión del imperialismo, con sus implicancias relativas a la nacionalización y real democratización de nuestra vida económica, política y cultural, industrialización independiente, etc.— dependerá de la concreción de esa unidad latinoamericana; único modo de ofrecer una sólida resistencia —económica, militar, cultural, etc.— a los inevitables embates imperialistas.

La experiencia histórica (Paraguay en el siglo pasado, México, Guatemala, Bolivia, etc., en este siglo) demuestra que cualquier acción en un estado aislado, tendiente a cumplir con esas tareas sin un simultáneo avance en la realización de la fundamental de ellas —la unidad nacional— se ha visto siempre, a corto o a largo plazo, condenada al

fracaso, ya fuera por el derrocamiento de los gobiernos que la intentaron por desvirtuación de los objetivos iniciales, o por ambas cosas a la vez. El proceso revolucionario cubano, aún inconcluso, y los esfuerzos de Fidel Castro por extender la revolución al resto de América Latina, tienden a confirmar lo que dicha experiencia nos dicta. El aislamiento de los estados latinoamericanos constituye la garantía de su debilidad frente al imperialismo.

Sin embargo, el hecho de que el cumplimiento *pleno y estable* de dichas tareas sólo pueda verse garantizado por la realización de la tarea fundamental —la unidad latinoamericana— no significa que haya que esperar hasta concretar *primero* la unidad latinoamericana para recién *después* iniciar el cumplimiento de las otras tareas, ya que todas ellas se hallan en situación de interdependencia dialéctica durante todo el proceso que lleva a su efectiva realización. Y esto quiere decir que los movimientos revolucionarios parciales en los distintos estados latinoamericanos, si bien, en la medida que permanezcan aislados, están condenados al fracaso o al estancamiento, *constituyen, no obstante, la única vía posible hacia la concreción de la unidad latinoamericana*, ya que, tal como veremos más adelante, ésta sólo puede lograrse por vía revolucionaria y a través de la necesidad local, en cada uno de esos estados, de avanzar en el cumplimiento de todas las tareas nacionales, cuyo logro impone con mayor fuerza la necesidad de proyectar continentalmente la revolución, a fin de contrarrestar la acción del imperialismo y fortalecer las bases económicas de sustentación del gobierno revolucionario en el poder.

Tomemos, por ejemplo, el caso de Cuba. Lo precario de su situación, jaqueada permanentemente por el imperialismo y con la amenaza diaria de una invasión, hechos que impiden su estabilización económica y el cumplimiento pleno del programa revolucionario, no es otra cosa que una consecuencia de su aislamiento forzado. La revolución cubana, y esto lo saben muy bien sus dirigentes, sólo podrá profundizarse con la expansión de los triunfos revolucionarios al continente; con su transformación efectiva de un hecho aislado en el primer paso de la revolución socialista latinoamericana. De lo contrario, vegetará obligadamente en el incumplimiento de sus fines, en un grado cada vez mayor de dependencia hacia los avatares de la política internacional soviética; expuesta a ser jugada por la burocracia soviética como carta de recambio, y con el peligro siempre renovado de su derrocamiento por el imperialismo o de la total desvirtuación de sus fines revolucionarios. No obstante, la revolución cubana debe constituir para todos los pueblos de América Latina el más luminoso ejemplo a seguir, aunque, naturalmente, con los métodos revolucionarios que la realidad de cada uno de los estados determine, métodos distintos en la medida que sean distintas las realidades de esos estados a la realidad cubana. Y constituye, además, el paso más importante dado hasta el momento en la ruta hacia la revolución nacional en América Latina, que no es otra que la ruta de su unificación.

Demás está decir que esa unidad latinoamericana, llevada adelante con métodos revolucionarios, nada tiene que ver con los recientes intentos de "unidad" económica y financiera propiciados por los monopolios y financieras yanquis y los explotadores nativos (ALALC, etc.), para mejor succionar las riquezas y el trabajo de nuestros pueblos.

yeron la base sobre la cual se erigió el poder de la burguesía en las actuales potencias capitalistas.

Así, la supeditación económica de la burguesía industrial argentina al imperialismo —no obstante algunos tibios escarceos antiimperialistas meramente negociadores—, sus vinculaciones con la oligarquía terrateniente, derivadas de la presencia de capitales oligárquicos en la industria y viceversa —también no obstante el antioligárquismo puramente declaratorio de sus voceros políticos—, su supeditación ideológica a la oligarquía y el imperialismo y su solidaridad de clase con ellos ante la amenaza creciente de una movilización revolucionaria de las masas que rebase, por la propia dinámica del proceso, los objetivos nacional-burgueses, todos estos factores, determinan su impotencia en la realización de las tareas democrático-burguesas o nacionales.

Pues, si bien la necesidad de un mercado amplio y unificado debería llevarla a buscar la unidad nacional latinoamericana, la acción disgregadora del imperialismo —al cual se halla supeditada—, de ningún modo interesado en el desarrollo de una economía latinoamericana autónoma, la inhibe para cumplir con dicha finalidad. Y, si bien la presencia anquilosada de la oligarquía, al perpetuar el atraso, se erige en un obstáculo al crecimiento del mercado interno y, por lo tanto, a su propio desarrollo independiente, imponiendo la necesidad de expropiar la base económica del poder oligárquico (el latifundio), las interrelaciones económicas entre la oligarquía y la burguesía industrial, sumado al respeto por la propiedad privada, que constituye su propia base de sustentación, le impiden a ésta, no ya dar ese paso, sino ni siquiera modificar parcialmente la situación.

Conviene, al mismo tiempo, destacar que el actual papel predominante del capital imperialista en las principales industrias descalifica a éstas como nacionales. Pudiendo únicamente aplicarse —si es que realmente se puede— esa denominación al sector menos importante, desde el punto de vista de su capacidad productiva y potencia económica, de nuestra burguesía industrial.

De ese modo, respecto al sector más importante, el de mayor gravedad en el plano económico, ni cabe hablar de impotencia para realizar las tareas democrático-burguesas, sino, más bien, de desinterés, y desinterés activo, por fundarse su propia conservación y su predominio en el atraso estructural relativo del país.

En cuanto al otro sector —deseoso también de capitales extranjeros— su debilidad hace que en el muy supuesto caso de que intentara romper su dependencia del imperialismo, enfrentándose con éste y la oligarquía en pos de objetivos nacional-burgueses, sólo podría hacerlo sobre la base de una movilización revolucionaria de las masas que escaparía rápidamente a su control, cosa que, como es obvio, en las actuales circunstancias, su instinto de conservación de clase le aconseja no ensayar.

7. Las clases en el campo

La vigencia de los modos de producción y de las relaciones capitalistas en las zonas económicamente más importantes y más densamente pobladas de nuestro agro (litoral pampeano), originada e impulsada por

la necesidad imperialista (inglesa) de nuestros productos agrarios y las excepcionales características del campo argentino, han barrido con todo vestigio de economía natural en esas zonas, resultando, en la actualidad, en la inexistencia de un campesinado pequeño propietario pauperizado y superexplotado, tal como se da en las otras zonas del mundo colonial y semicolonial. En su lugar encontramos: un sector de chacareros y ganaderos medianos —propietarios y/o arrendatarios—; un sector de pequeño burguesía agraria compuesto por chacareros menores —propietarios o arrendatarios— que no emplea, por lo general, trabajo asalariado; y, finalmente, un proletariado rural, desprovisto de toda propiedad territorial, contratado a jornal por los chacareros y ganaderos medianos y la oligarquía latifundista.

Los chacareros y ganaderos medianos, a pesar de sus esporádicas protestas antioligárquicas y sus pedidos de "reforma agraria", basadas en la exigencia de una mayor participación en las ganancias del sector agropecuario, comparten con la oligarquía su mentalidad reaccionaria y su odio a la clase obrera. Intuyen que cualquier intento de expropiación de la oligarquía terrateniente sólo podría efectuarse sobre la base de una amplia movilización de las masas que, inevitablemente, en la dinámica misma del proceso, afectaría seriamente sus propios intereses, ya que las características del campo argentino, el tipo de su producción y el imperio de las relaciones económicas y sociales capitalistas, tornan superflua para el país cualquier *reforma agraria*, imponiendo la necesidad de una verdadera *revolución agraria*.

Además, los chacareros y ganaderos medianos saben perfectamente en qué medida un proceso de real industrialización del país, si bien posibilitaría una mayor tecnificación del agro —cosa que momentáneamente no les interesa, dada su floreciente situación actual—, reduciría inicialmente sus ganancias, por constituir la producción agraria la principal fuente de divisas, parte de las cuales necesariamente usaría el Estado para promover dicha industrialización. Les restaría, al mismo tiempo, las disponibilidades actuales de mano de obra barata.

Todos estos hechos determinan, en última instancia, la unidad de intereses de ese sector con la oligarquía, y su actitud reaccionaria, anti-industrialista y aislacionista respecto a las otras zonas más atrasadas del país y, ni que decir, de Latinoamérica. De ahí la total imposibilidad de contar con él en la realización de las tareas nacionales que el proceso revolucionario exige.

La relativamente próspera situación económica actual de los chacareros menores (especialmente en las zonas de mayor productividad por hectárea), derivada del elevado precio de las cosechas y las facilidades crediticias con que la oligarquía se autogratifica y de las cuales este sector se beneficia con las migajas, sumado a las características conservadoras de la pequeño burguesía agraria en general, más su aislamiento y su atraso, establecen que, a pesar de ser precisamente los presupuestos de la política oligárquica los que cierran el camino de este sector hacia un mayor desarrollo y prosperidad, el mismo comparta, no obstante, la mayor parte de los prejuicios reaccionarios, antiobreros y antinacionales, que caracterizan al sector de los chacareros y ganaderos medianos anteriormente descripto.

Sin embargo, su vulnerabilidad inmediata frente a cualquier eventualidad de crisis agraria, determina una potencial inestabilidad ideológica que, en especiales circunstancias, podría trasuntarse en un relativo apoyo a la revolución nacional.

A pesar de ello, y por las razones apuntadas, resulta absurdo asignarle "a priori" un papel importante dentro del proceso revolucionario, y mucho más absurdo aún asignarle un papel en la dirección de ese proceso. Especialmente si tenemos en cuenta la existencia en el campo argentino de un numeroso sector que nada tiene que perder sino sus cadenas: el proletariado rural, verdadero y único *explotado* en el sentido total de este término.

Todas aquellas consignas —frecuentes entre nosotros— en las que se asigna un papel importante a los chacareros, limitando, objetivamente, de antemano el control *total* de la dirección del proceso revolucionario por parte de la vanguardia proletaria (única, como veremos, capaz de impulsar dicho proceso hasta sus últimas consecuencias), poseen un carácter francamente oportunista, pues plantean *como finalidad* lo que sólo las especiales e imprevisibles circunstancias de la lucha podrían (o no) señalar como tácticamente aconsejable. En el proceso revolucionario es muy probable —casi seguro— que la clase obrera (su vanguardia) no obtendrá la dirección de un solo golpe y de inmediato; probablemente deberá compartir la en un principio con otros sectores de la pequeñoburguesía e, incluso, con sectores oportunistas, representantes solapados de la burguesía "nacional", con los cuales deberá sostener una lucha intensa. Pero lo único que puede garantizar la profundización del proceso es el control *total y absoluto* de la dirección por parte de quienes hagan la política de la clase obrera como clase, es decir, la vanguardia obrera, sin compartir la para nada con ningún otro sector burgués o pequeñoburgués. Tal cosa significa, concretamente, la dictadura del proletariado *apoyado* (lo que no implica un papel directivo) por sectores pauperizados de la pequeñoburguesía urbana y rural y los estratos intelectuales y profesionales radicalizados. Todo compartimiento del poder con otros sectores debe tener para la clase obrera un carácter puramente *táctico, transitorio*. Tal como lo demuestra la experiencia de las revoluciones socialistas triunfantes, aún en los casos en que el campesinado es el sector más numeroso y cuantitativamente activo y el proletariado el sector más débil numéricamente y socialmente (caso que no es el nuestro), lo único que garantiza el triunfo pleno de la revolución es el control absoluto de la dirección por la vanguardia obrera. Esa es la finalidad, y a ella debe referirse explícitamente, sin dejar lugar a dudas, toda correcta consigna relativa a la naturaleza de clase del futuro poder revolucionario. Retacear de antemano el monopolio del poder por el proletariado (especialmente el proletariado industrial) es caer, consciente o inconscientemente pero en forma objetiva, en el oportunismo.

8. La clase media

El carácter económicamente subordinado de la clase media, su dependencia pasiva del mecanismo productivo imperante y la heterogeneidad económica y social que la caracterizan, determinan su carencia de finalidades políticas de clase propias. Sin embargo, en sus sectores más

pauperizados, la crisis general del país y su estancamiento económico, de los cuales estos sectores pagan también las consecuencias, promueve un proceso de paulatina nacionalización e izquierdización que los lleva cada vez más, a la solidaridad activa con la clase obrera y sus objetivos políticos. Estos sectores ven en la realización de las tareas democrático-burguesas su única posibilidad de subsistencia y prosperidad.

No obstante ello, la misma carencia de gravitación en el mecanismo productivo y la heterogeneidad de la clase media —que va desde los sectores más parásitos hasta los más empobrecidos y desde los más reaccionarios hasta el grueso de la intelectualidad revolucionaria— la inhiben, como clase, para encabezar la lucha por aquellas tareas.

9. La clase obrera

La clase obrera constituye, finalmente, la única clase de la sociedad argentina cuyos intereses coinciden en forma total con el desarrollo de las fuerzas productivas, traido por la acción del imperialismo y sus agentes nativos. Constituye, por lo tanto, la única clase activamente interesada en el cumplimiento pleno de las tareas nacionales pendientes.

La coincidencia de sus intereses con la ampliación y crecimiento del mercado interno y con el desarrollo de las fuerzas productivas la erigen en el principal enemigo del imperialismo y los sectores parásitos que trapan dicho desarrollo.

Además, su importancia decisiva en el mecanismo productivo, su homogeneidad y su concentración, hacen del proletariado —en primer término el proletariado industrial— la única clase capaz de encabezar la lucha por la realización hasta sus últimas consecuencias de las tareas democrático-burguesas.

10. Proletariado y revolución nacional

En síntesis:

La balcanización de América Latina, promovida y mantenida por el imperialismo, y la presencia deformante de éste a lo largo de todo nuestro desarrollo histórico, impidieron el surgimiento de una poderosa burguesía autónoma, ligada a un amplio mercado interno. Esto, a su vez, determinó el que la burguesía argentina —y latinoamericana en general—, tanto en su variante oligárquica (burguesía agraria y comercial importadora-exportadora), como en su más reciente variante industrial, por su supeditación económica al imperialismo, resulte —y así lo ha demostrado— impotente para cumplir plenamente con las tareas democrático-burguesas —la unidad nacional en primer término— que su propio desarrollo independiente exige.

El cumplimiento de esas tareas corre, entonces, por cuenta de la clase social no ligada al imperialismo, que sufre, en tanto clase, en forma directa y total las consecuencias de su dominación y que, por su homogeneidad e importancia en el mecanismo productivo, reúne las condiciones necesarias a tal efecto. El breve análisis de las clases que acabamos de realizar, establece que, en nuestro país, esa clase es la clase obrera (proletariado urbano y rural). Ella constituye la verdadera y única espina dorsal de la revolución nacional y de ahí su derecho indiscutible a dirigirla.

11. La unidad socialista de América Latina

Pero al tomar la clase obrera en sus manos la realización de las incumplidas tareas democrático-burguesas, llevándolas adelante con el apoyo de los estratos pauperizados de la clase media y con la oposición activa del imperialismo y de la propia burguesía nativa a él ligada (incluso los sectores burgueses interesados en el cumplimiento de esas tareas, pero temerosos de perder sus privilegios de clase frente a la movilización incontrolada de las masas), al cumplir con la realización de tales tareas bajo el régimen de su dictadura de clase, eso la obligará, por un lado, a la expansión latinoamericana del proceso revolucionario, aliándose con el proletariado y el campesinado revolucionario de los estados limítrofes¹, y, por el otro, merced a las necesidades del proceso mismo (expropiación de la oligarquía y el imperialismo, planificación de la economía, etcétera) y a la propia dinámica de la lucha, a afectar directa y simultáneamente el derecho de propiedad burguesa, adoptando medidas socialistas y modificando el contenido de la revolución que, de local, argentina y democrático-burguesa, se transformará necesariamente y desde el principio en nacional, latinoamericana y socialista, adquiriendo el carácter permanente de las grandes revoluciones de este siglo.

De tal modo llegamos a lo que constituye el primer objetivo de este análisis: la determinación de la finalidad fundamental de una estrategia revolucionaria en nuestro país. Y este objetivo se condensa en la fórmula de la *unidad socialista de América Latina*, que configura para nosotros la única finalidad revolucionaria digna de tal nombre, por ser la única que se ajusta en forma integral a las condiciones necesarias —establecidas más arriba— en que cabe hablar de revolución.

12. Socialismo y unidad nacional

Las características generales de nuestro país, derivadas de su condición de semicolonial con un relativo grado de desarrollo, hacen que todo *cambio estructural de tipo cualitativo*, que realmente lo sea, deba desembocar necesariamente en el socialismo, y que solamente el socialismo pueda garantizar la efectividad de ese cambio profundo. Al mismo tiempo, el socialismo es la única vía posible de superación de las contradicciones del régimen capitalista y, por lo tanto, de todos los régimes anteriores que, sucediéndose históricamente, culminaron en el capitalismo como superación de todos ellos. Además, si aceptamos como

¹ A la inversa de la mayor parte de nuestros "marxistas" y "nacionalistas", que ven la revolución argentina como un hecho sin relación directa e inmediata con el resto de América Latina, o, en todo caso, concibiendo la unidad latinoamericana como una etapa muy posterior, de la cual no vale la pena ocuparse por el momento, el imperialismo, atacado en la defensa de sus intereses, comprende perfectamente la interdependencia dialéctica que inevitablemente se establecerá entre los movimientos revolucionarios de toda América Latina en caso de desencadenarse una movilización revolucionaria intensa en alguno de sus estados más importantes, especialmente la Argentina. No otro es el sentido de su política militar tendiente a la unificación con fines represivos de los distintos ejércitos "nacionales" de América Latina, cuya primera manifestación ha sido la reciente maniobra militar conjunta, denominada "Operativo Ayacucho".

objetivo supremo de la humanidad el logro de su libertad integral, entendida como desalienación del hombre, como acceso al conocimiento y dominio de la naturaleza, la vida social y su propia subjetividad, cumpliendo con su destino de ser racional, el único ordenamiento social que posibilita en lo inmediato el avanzar hacia el logro de ese objetivo es el socialismo, por implicar el fin de la esclavitud económica y la miseria material —bases sustentadoras de la ignorancia y el mito— y el comienzo del fin de las condiciones alienantes en las que hasta el momento se ha desenvuelto la humanidad; condiciones alienantes llevadas a su grado máximo de desarrollo cuantitativo y cualitativo por el sistema capitalista.

Así, el socialismo es, en la actualidad, el único sistema en el cual cabe hablar de *superación* en un sentido integral, por constituir la única posibilidad de *síntesis* de lo más positivo de la historia de la humanidad. Al mismo tiempo, la unidad latinoamericana, lograda por medios revolucionarios, constituye la única forma de superación de nuestro pasado inmediato, la raíz de cuyos males está, precisamente, en la balcanización de América Latina.

De este modo, la fórmula de la *unidad socialista de América Latina* implica el retorno a la más positiva aspiración de los mejores hombres de la época de la independencia —la unidad de América Latina, que significa unidad y fortalecimiento de nuestra cultura, reencuentro con nuestra común y originaria raíz nacional y autoafirmación como nación soberana—, aspiración frustrada, en su momento, por las insuficiencias del desarrollo burgués nativo, sumado a la acción disgregadora del imperialismo; e implica, además, la posibilidad actual de su realización, por la existencia de una clase —el proletariado— capaz de encabezar la lucha, llevándola hasta sus últimas consecuencias.

Pero ese retorno a aquella aspiración frustrada y a nuestra inicial comunidad cultural, y esa posible realización actual de ellas, al encuadrarse por la senda revolucionaria-socialista —hecho determinado por la presencia directiva de la clase obrera, consecuencia, a su vez, del desarrollo histórico posterior a nuestra independencia—, implica, también, la superación de todo nuestro pasado —mediato e inmediato— y la superación del pasado histórico de la humanidad, que el socialismo expresa. Constituyendo, al mismo tiempo, el paso previo hacia el triunfo de la revolución en el mundo entero y la unidad universal bajo el socialismo.

* * *

Establecida la finalidad hacia la cual debe tender una estrategia revolucionaria en nuestro país —instauración del socialismo en el ámbito de la unidad latinoamericana a través del cumplimiento pleno, mediante la acción de la clase obrera, de las irrealizadas tareas democrático-burguesas— y utilizando dicha finalidad como guía permanente, pasemos ahora al análisis más detallado del otro factor básico necesario al trazado de una estrategia revolucionaria: el conocimiento del terreno en el cual se habrá de operar; en nuestro caso, el análisis de las características más particulares y activas de la realidad argentina. Trataremos así, mediante la comprensión de esas características, de establecer cuál es el camino que conduce a la concreción de aquella finalidad.

III. LA REALIDAD ARGENTINA

1. Realidad total y clase obrera

A los efectos de establecer los fines de la revolución en la Argentina, hemos ya efectuado su caracterización más amplia. Para poder determinar el modo concreto de llegar a esos fines, es decir, para poder trazar una correcta estrategia revolucionaria, se hace necesario pormenorizar el análisis.

La *realidad total* de un momento histórico se configura por la acción de los factores más activos, dinámicos y de mayor gravitación que en ella operan. Dentro de la realidad argentina actual, la presencia activa de la clase obrera constituye, por acción o reacción hacia ella, el factor más importante respecto al cual se definen todos los otros. Únicamente de una comprensión integral de su situación puede emerger el conocimiento de la *realidad total*, indispensable para el trazado de una estrategia revolucionaria.

Hemos visto, además, que solamente la clase obrera puede llevar, en nuestro país, una lucha consecuente por la realización de las tareas democrático-burguesas pendientes, y, de este modo, a través de esa realización, cumplir con lo que establecimos como única finalidad revolucionaria digna de tal nombre en América Latina: la instauración del socialismo en el ámbito de la unidad latinoamericana. Veamos, por lo tanto, cuál es la situación actual de la clase obrera argentina y sus posibilidades de acción.

2. Clase obrera y peronismo

La característica más saliente de la vida política argentina está constituida por la presencia del peronismo. Es, también, con respecto al peronismo que se define el resto de las fuerzas actuantes en nuestro ámbito; es decir, la totalidad económica, social y política argentina. Tal importancia del peronismo deriva, precisamente, del hecho de que en él se encuentra ubicada en bloque la clase obrera. Por lo tanto, todo análisis de la situación actual de la clase obrera argentina debe necesariamente comenzar por el peronismo.

El peronismo aparece en la arena política argentina como una consecuencia del relativo desarrollo industrial acaecido entre las dos guerras. Si el yrigoyenismo constituyó la expresión política del ascenso de las clases medias, el peronismo expresa, en sus orígenes, la irrupción histórica del nuevo proletariado industrial criollo, ligado por nacimiento a las tradiciones nacionales, cuya concentración en el Gran Buenos Aires fue el resultado de aquel desarrollo industrial relativo.

Esta base proletaria del peronismo habrá de mantenerse como una constante a través de su historia, y constituirá el elemento determinante de su importancia fundamental en la vida política argentina haciendo que toda ella gire, en las dos últimas décadas, en torno a él.

El peronismo adquiere así, en sus comienzos, un definido carácter de clase, dado por la presencia *activa* del proletariado, factor fundamental del triunfo en la memorable jornada del 17 de octubre.

Ese día la clase obrera argentina se movilizó como clase en defensa de sus intereses inmediatos. El que dicha movilización haya contado con el beneplácito de un sector del ejército, la policía y el clero, no invalida en absoluto su contenido de clase. Este se halla determinado por los móviles que la desencadenaron y el carácter masivo que asumió. Esos móviles no eran otros que la defensa de sus intereses inmediatos de clase personificados en la figura de Perón.

Evidentemente el objetivo perseguido no era el derrocamiento del sistema imperante, para lo cual hubieran sido necesarias condiciones que ni remotamente existían en aquel momento. En tal sentido, la movilización del 17 de octubre no fue una revolución. Pero la revolución no es tampoco un acto, sino un proceso que comienza mucho antes de la toma del poder por los trabajadores. Y así, en la medida que constituyó la primera movilización política importante en la clase obrera argentina *como clase*, evidenciando su enorme peso social y sus potencialidades; en la medida que galvanizó las voluntades individuales de todos los trabajadores en un objetivo común, haciendo que se movilizaran por vez primera *como clase*; en la medida que se selló, a partir de entonces, su unidad *como clase*; en esa medida, si bien por sus fines no fue un acto revolucionario, es decir, socialista, constituyó, dentro de la historia del movimiento obrero y del proceso revolucionario argentino, un enorme paso adelante en lo que respecta a la asunción por la clase obrera de su propia conciencia, factor primordial en la culminación exitosa de dicho proceso.

El objetivo consciente o inconscientemente perseguido por los trabajadores el 17 de octubre de 1945 no era otro que la defensa de las conquistas obreras logradas hasta entonces y que el derrocamiento de Perón ponía en peligro. En tal sentido, tenía, aunque limitado, un contenido anticapitalista. Los trabajadores apoyaban a Perón por sus medidas sociales concretas que los favorecían en forma inmediata, y fue sobre esa base concreta, sobre la base de la inicial política obrerista de Perón, que se movilizaron.

Que esa política no rebasara el marco del orden burgués imperante, es cosa que no interesa en la determinación del contenido de clase de la movilización obrera del 17 de octubre. El objetivo que la impulsó fue un objetivo de clase, ajeno a las razones por las cuales sectores del ejército, la policía y el clero la toleraron y, algunos de ellos, incluso la apoyaron. El método espontáneamente empleado fue la movilización de masas. Que ésta se haya desenvuelto en un marco relativamente pacífico, no invalida tampoco su contenido obrero de clase; fue así porque, ante el carácter aplastantemente multitudinario de la movilización y ante la pasividad de los organismos represivos, el logro inmediato del objetivo propuesto hizo innecesaria la violencia.

No fue además, como siempre ha pretendido y pretende la "izquierda" cipaya, una movilización "fabricada" por un sector del ejército y la burocracia. En su mismo carácter multitudinario (la casi totalidad del proletariado se movilizó) está la prueba concluyente de ello. Respondió a un poderoso impulso colectivo de clase totalmente espontáneo en el cual, proporcionalmente, poca o nula importancia tuvo la agitación de esos sectores. Pudiera ser que dicha agitación haya obrado como ele-

mento desencadenante, impulsando (sin mucho trabajo) a un sector de la clase obrera a salir a la calle (los frigoríficos) iniciando la marcha hacia la capital. Pero eso no anula el carácter espontáneo de la movilización, dada la forma inmediata en que el resto del proletariado se plegó a ella.

Es más que ridículo suponer que una movilización de masas de tal envergadura pueda haberse "fabricado" por la acción de unos cuantos burócratas y sobre la base de una simple simpatía de los obreros por Perón. Para los trabajadores, detrás de la figura de Perón estaban sus intereses inmediatos de clase. Eso, el proletariado lo intuyó claramente, y fue por ello que se movilizó, constituyendo esa gigantesca movilización el factor decisivo, sin el cual no hubiera fracasado el golpe oligárquico. Constituyó, además, un paso adelante hacia la consolidación de la conciencia de clase de los trabajadores argentinos, y, en tal sentido, un momento de avance en nuestro proceso revolucionario.

Sin embargo, una serie de elementos causales, objetivos y subjetivos, establecieron que, una vez derrotada la reacción oligárquico-imperialista merced a la activa y decisiva movilización del proletariado, la presencia de éste en el escenario político argentino perdiera inmediatamente ese carácter activo y decisivo, perdiendo también con ello la posibilidad de erigirse en el principal factor determinante de la acción gubernamental peronista.

Perón llega al poder y se consolida en él merced a la resuelta acción de la clase obrera argentina. De este modo, Perón, *objetivamente*, y considerando el nivel de conciencia y organización de la clase obrera en ese momento, llega al poder como un líder obrero. Un líder obrero no surge al nivel de lo mejor imaginable, sino al nivel de lo inmediato posible, al nivel de las circunstancias concretas prevalecientes en la clase obrera en ese momento (su grado de conciencia, combatividad, etc.). Es a partir de ese nivel que la clase obrera elige sus líderes en cada momento histórico, y es en este sentido *objetivo* que nosotros calificamos a Perón, en el 45, como un líder obrero. Su llegada al poder en esas circunstancias estuvo condicionada por toda su política anterior desde la Secretaría de Trabajo y Previsión. Esta política abierta y declaradamente proletarizante, que sienta las bases para la organización de los trabajadores en poderosos sindicatos de masa, que resuelve todos los conflictos laborales en su favor, resultando en una larga serie de huelgas triunfantes, y que de este modo impulsa dialécticamente el ascenso político de la clase obrera argentina, esta política, repetimos, que le granjea a Perón el odio furibundo del imperialismo, la oligarquía y, también, la burguesía industrial, es la que hizo de él, objetivamente y en ese momento, un líder obrero, al cual los trabajadores respondieron llevándolo al poder, con el apoyo de los sectores más nacionales del ejército, interesados, por razones profesionales, en el desarrollo de la industria pesada².

2 Destacamos la raíz profesional del interés del ejército —en aquel momento por la industrialización pesada, ya que tiene suma importancia para explicar la actitud posterior de las fuerzas armadas: su desinterés creciente por un desarrollo autónomo de nuestra economía. El ejército como institución, es decir, el que nace históricamente con la consolidación de las clases dominantes en el poder, no es ni ha sido, como pretenden algunos, la conciencia histórica de una burguesía nacional débil y cobarde. La política del ejército, como institución, ha estado siempre subordinada, en líneas generales, a los

Veamos ahora cuáles fueron los factores aludidos que determinaron la pérdida inmediata del papel activo inicial de la clase obrera y la postergación, que finalmente fue frustración, de las aspiraciones de industrialización pesada —base de un verdadero desarrollo industrial autónomo— promovidas por el sector nacional del ejército en aquel momento. Ya que, precisamente, en esa pérdida inmediata del papel activo de la clase obrera está la razón por la cual el peronismo en el poder no llevó adelante, hasta sus últimas consecuencias, las tareas democrático-burguesas que nuestra liberación nacional exige. En ella está la clave de por qué el peronismo, con toda su progresividad inicial, su base popular y su prestigio en los otros estados latinoamericanos, se mostró impotente para culminar exitosamente la expropiación de la oligarquía y el imperialismo, la creación de nuestra industria pesada y la concreción de la unidad nacional latinoamericana, no obstante los débiles pasos iniciales dados en ese sentido. En ella está la clave de su propia caída y de la frustración revolucionaria de nuestro país hasta el momento.

3. El frente de clases

Dentro del peronismo se cumplió un proceso que tiene suma importancia para explicar los hechos ulteriores, y es el de su rápida transformación de un movimiento predominantemente obrero, proletario, en un *frente de clases* en el cual la clase obrera perdió inmediatamente su decisivo peso inicial, pasando a un segundo plano de respaldo pasivo de los actos gubernamentales. ¿Cómo y por qué sucedió esto? ¿Cómo y por qué apareció ese frente de clases que caracterizó al peronismo hasta

intereses inmediatos de esa burguesía y/o de la oligarquía, según las épocas. Si en el 45 un sector de la oficialidad lo apoyó a Perón, a pesar de su política obrerista, no fue porque existiera en forma generalizada en ese sector una lúcida conciencia política de las necesidades de nuestro desarrollo económico independiente, sino porque, aparte de razones ideológicas que en su momento pesaron considerablemente (muchos de esos oficiales soñaban con una versión criolla del fascismo a través del peronismo, y se alejaron de Perón ante la tónica popular de su gobierno), existían razones de índole logística, como la necesidad de una industria armamentista propia, que el gobierno peronista tendió inicialmente a satisfacer. Pero lo importante de señalar es que, una vez terminada la guerra y con el desarrollo de las armas atómicas, el imperialismo necesitó reacomodar su estrategia militar en concordancia con las nuevas circunstancias. Y ese reacomodamiento de la estrategia militar imperialista ante la eventualidad de una guerra atómica con el mundo socialista, fue tornando de más en más superflua para la oficialidad de nuestro ejército —totalmente identificado con la defensa del “mundo occidental y cristiano”— la necesidad de una industria militar nacional, que de ningún modo podría abastecer en un plazo más o menos breve las armas modernas que suministra el imperialismo. Y esto fue tanto más así, considerando el peligro inmediato y creciente de levantamientos populares orientados hacia el socialismo. Dicho proceso ha llegado en nuestros días a su culminación con la reestructuración en círculos del ejército argentino, adaptándolo a las necesidades de la guerra contrarrevolucionaria; es decir, su transformación en un organismo represivo interno.

De modo que las razones que determinaron el apoyo del ejército a un movimiento popular como el peronismo en el 45, han perdido totalmente su vigencia en la actualidad.

Este no significa que neguemos al ejército o a un sector de él la posibilidad de que, directa o indirectamente, pueda cumplir aún un papel inicial relativamente positivo en nuestra revolución. Pero sí significa que no podrá ser así por razones similares a las del 45 ni tan fácilmente como en aquella oportunidad. Y significa, también, que carecen de consistencia las interpretaciones políticas sobre nuestro ejército tendientes a transformarlo en una especie de encarnación permanente —potencial o de hecho, según las circunstancias— de los intereses nacionales.

su caída y en el cual la clase obrera, motor inicial del peronismo, quedó relegada a un plano subordinado?

Responder a estos interrogantes implica el develar en gran parte el enigma de nuestro destino revolucionario, ya que la no hegemonía obrera en ese frente de clases fue lo que determinó la caída del peronismo. Caída que, a su vez, dialécticamente, fue producida por, y produjo, el rompimiento de ese frente de clases, quedando nuevamente el peronismo, durante todo el período de la resistencia, reducido a la clase obrera, que retomó la lucha iniciada en el 45, pero esta vez en las condiciones adversas de una dirección burocratizada e inoperante, trasuntadas, en los hechos, en una total carencia organizativa, indispensable en las nuevas circunstancias; en las condiciones adversas creadas por una derrota, con el consiguiente reforzamiento del poderío enemigo, y no en las condiciones favorables de una ofensiva política apoyada por el ejército como fue en el 45. Siendo también estas situaciones adversas una consecuencia de la pérdida del decisivo papel inicial de la clase obrera en el movimiento peronista, puesto que dicha pérdida ocasionó el que la revolución no se profundizara, impidiendo la derrota del 55; ocasionó el que el peronismo no elaborara un auténtico ideario revolucionario, dejando en la total indigencia ideológica a las masas y cuadros directivos medios; ocasionó, en fin, la burocratización de la nueva dirección sindical, que redujo a la impotencia el efectivo poder de los trabajadores.

Y decimos que responder a esos interrogantes implica el develar en gran parte el enigma de nuestro destino revolucionario porque ese frente de clases sin hegemonía obrera, roto con la caída de Perón, de hecho se ha recomposto con posterioridad al 55 tantas veces como le ha convenido a la burguesía industrial para impedir el nuevo y latente ascenso revolucionario de las masas; para impedir su efectiva organización revolucionaria; para entorpecer la aparición en el seno del peronismo obrero de una auténtica dirección revolucionaria. Y, lo que es aún peor, en la actualidad ese frente de clases tiende a recomponerse, en forma institucionalizada, en el Partido Justicialista, otra vez en desmedro de los trabajadores y para impedir o reducir a la impotencia el inevitable resurgir revolucionario de las masas.

Examinemos por qué y cómo se gestó aquel frente de clases sin hegemonía obrera que ahora se pretende resucitar, careciendo, en las actuales circunstancias, de la relativa progresividad que pudo tener en la década del 45 al 55 y siendo así, objetivamente, un instrumento del imperialismo para impedir nuestra liberación.

4. Pérdida inmediata del decisivo peso inicial de la clase obrera

En nuestra época, un frente de clases sólo adquiere positividad revolucionaria si está acaudillado por la clase obrera, y para que esto suceda la clase obrera debe estar organizada bajo una dirección revolucionaria. Sin ella, su papel será siempre secundario y se verá, de ese modo, constantemente desviada de sus finalidades.

Perón, al aparecer en el escenario político (1944-45), fue, objetivamente, y dado el nivel de conciencia y organización de la clase obrera en ese momento, un líder obrero. Posibilitando la organización sindical

de los trabajadores en lucha por mejores salarios, e impulsando la marca ascendente de las masas, personificó, en ese momento, los intereses inmediatos de los trabajadores. Ello determinó la derrota momentánea de la coalición oligárquico-imperialista y el acceso de Perón al poder. Esa es la realidad de los hechos; otras circunstancias, también reales, determinaron el cauce posterior del proceso.

Los hombres hacen la historia condicionados por las circunstancias objetivas. La subjetividad se configura en permanente interacción dialéctica con esas circunstancias objetivas. Esto no significa que se halle mecánicamente determinada por ellas, ni que los individuos carezcan de la posibilidad de modificar esas circunstancias objetivas. Precisamente por eso remarcamos el carácter dialéctico de la relación. Pero sí significa que la realidad objetiva determina las posibilidades de acción y estas posibilidades de acción, muchas veces, condicionan y modifican la subjetividad de los individuos, su ideología y su voluntad, encauzando sus acciones futuras en determinado sentido que, tal vez, en circunstancias distintas hubiera sido otro.

La relación entre Perón y las masas en el 45 fue una relación dialéctica. Perón interpretó las aspiraciones de las masas en ese momento y actuó en consecuencia; éstas se sintieron interpretadas por él y lo hicieron su líder. La acción de las masas (y los límites de esa acción) configuró, a su vez, en parte primordial, el carácter obrerista de la inicial política de Perón, aunque sin modificar substancialmente (dadas las limitaciones de esa acción) la personalidad, la ideología y la voluntad de éste, adecuadas a los moldes burgueses correspondientes a un militar profesional. Pero para comprender acabadamente el proceso posterior es indispensable conocer la situación integral de las masas en ese momento —de la que derivaron sus posibilidades reales de gravitación— en relación con las otras fuerzas existentes y operantes en el ámbito nacional, que también gravitaban poderosamente. De ese juego de equilibrios y tensiones surgió aquel proceso y la política general del gobierno peronista. Perón mantuvo el poder adecuándose a ese proceso, actuando empíricamente, haciendo una política bonapartista. Cuando el equilibrio dejó de ser posible se agudizaron las tensiones y Perón cayó. Para evitar su caída hubiera sido necesaria la adopción inmediata y energética de medidas revolucionarias extremas. Perón no estaba realmente dispuesto a adoptar esas medidas; él mismo era, esencialmente, un resultado de aquel proceso, en el cual había jugado uno de los papeles principales. Por otra parte, ¿hubieran sido posibles esas medidas? No olvidemos que todo era en el país un resultado de ese proceso: el Partido Peronista, la burocracia sindical, el ejército, etc.

En la determinación de tal proceso tuvo importancia primordial el carácter pasivo que asumió el apoyo de los trabajadores al gobierno peronista; ello determinó la no preponderancia obrera en el frente de clases. Si ésta se hubiera concretado en forma estable, otro habría sido el proceso posterior. Paulatinamente la revolución se hubiera ido profundizando y se hubieran creado circunstancias distintas en nuestro país y el resto de América Latina que habrían impedido la derrota.

5. La "izquierda" cipayo

Pero si la clase obrera perdió su preponderancia inicial *fue porque no estaba en condiciones de mantenerla*. Porque carecía de una organización y dirección revolucionarias previas. Perón fue su dirección y su factor organizativo, y lo fue *porque no existía en el país, en ese momento, la posibilidad real de otra dirección*. Perón fue el dirigente que *el nivel de las masas* necesitaba, y, dialécticamente, ese nivel de las masas, al establecer la debilidad relativa de ellas frente a las otras fuerzas actuantes en el país, determinó la política posterior de Perón, su dirección nacional-burguesa y la imposibilidad de cumplir con las tareas democárato-burguesas y profundizar la revolución. Ese nivel de las masas no bastaba para impulsar el proceso y a Perón mismo, sobreponiéndose a las fuerzas burguesas actuantes. Y tal hecho determinó, a su vez, en forma dialéctica, el relativo estancamiento de las masas en ese nivel, su debilitamiento paulatino frente a la reacción, la ambigüedad ideológica del peronismo, en fin, todos los factores que han llevado al país y a la clase obrera argentina a su situación actual.

El 17 de octubre los trabajadores salieron a la calle en defensa de Perón, sabiendo, o intuyendo, que así defendían sus intereses inmediatos. Pero, precisamente, en esa personalización *total y absoluta* de sus intereses de clase en la figura de un militar profesional como Perón —que no era representante *directo* de ninguna clase social, sino que su política se hallaba condicionada por las distintas presiones de clase— estuvo la clave de su propia debilidad. Los obreros criollos, con la inexperiencia política derivada, en parte, de su proletarización reciente, dejaron *incondicionalmente* en manos de Perón la defensa de sus intereses, renunciando a la directa gestión de clase, y retornaron a las fábricas, adoptando una actitud pasiva que, en los hechos, significó dejar el campo libre a la presión de la burguesía nacional sobre el gobierno peronista.

Sin embargo, es necesario recalcar que *no fue la inexperiencia de la clase obrera criolla el principal elemento causal de su pérdida de gravedad. Esta inexperiencia resultó, a su vez, de la carencia de una previa organización y dirección revolucionarias durante toda la década anterior, en y con las cuales los trabajadores criollos hubieran podido realizar rápidamente su aprendizaje de clase*. Y dicha carencia era, también ella, el resultado de un proceso. De un proceso que arranca desde los mismos orígenes de la clase obrera argentina, y que está signado por la mentalidad colonial, la incomprensión del país real, en una palabra, el cipayaje de nuestra "izquierda" tradicional, agravado por las traiciones del stalinismo desde antes de la década del 30 en el plano mundial y, por consiguiente, también en nuestro país. Esa "izquierda" que jamás comprendió la cuestión nacional, que fue siempre, objetivamente, el ala izquierda de la oligarquía, despectiva del país, desarraigada y pequeñoburguesa, fue y sigue siendo, por todas estas razones y muchas más, absolutamente incapaz de erigirse en vanguardia lúcida de la clase obrera y organizarla eficazmente para la lucha revolucionaria.

En síntesis:

La juventud del nuevo proletariado industrial surgido entre las dos guerras, sumado a la ceguera y traiciones de la "izquierda" tradicional,

impregnada de reformismo amarillo o empantanada en la charrería stalinista, determinaron la carencia de dirección propia del movimiento obrero —trasuntada en una falta de organización independiente y en un insuficiente nivel ideológico— cuya consecuencia fue su debilidad para impulsar activamente el proceso en un sentido revolucionario.

Esa incapacidad de la "izquierda" se agravó aún más con la actitud que asumió frente al hecho consumado del liderazgo de Perón, con el cual la clase obrera llenó el vacío direccional existente irrumpiendo por vez primera como clase en la escena política nacional. El extrañamiento del país y su supeditación a políticas ajenas, característicos de esa "izquierda", le impidieron erigirse en representante de los intereses históricos del proletariado argentino; y su incomprensión del fenómeno peronista, determinado por ese extrañamiento, hizo que se colocara objetivamente en las trincheras de la reacción. De este modo se granjeó el justificado desprecio de la clase obrera, condenándose a la total impotencia política que la tipifica.

6. Debilidad relativa de la clase obrera

Pero también la clase obrera sufrió las consecuencias de esa situación, pues, al no existir una dirección lúcida que impulsara su autoconciencia histórica, quedó en inferioridad de condiciones frente a las otras fuerzas actuantes en el país.

La movilización del 17 de octubre —espontánea e inorgánica, pero que le demostró su importancia y peso político momentáneamente decisivo—, para mantenerse y profundizarse, debió haber concretado sus propios organismos directivos de clase, capaces de orientar su acción contrarrestando el poder de las otras fuerzas, determinando su hegemonía e impulsando el proceso. La traición de los autodenominados partidos de la clase obrera enfrentados al peronismo, y toda su anterior trayectoria, impidieron que aquellos organismos directivos de clase se concretaran. Los trabajadores depositaron en Perón la total responsabilidad de su dirección propia. Pero Perón, si bien era un político lúcido y sensible a las palpitaciones de la realidad, no era subjetivamente, por sus orígenes, profesión y mentalidad, un dirigente revolucionario, con objetivos de clase (obrera), conciencia de los intereses históricos del proletariado y conducta puesta al servicio de esos intereses históricos. Toda su anterior formación burguesa, sumada al hecho de que las circunstancias objetivas no alcanzaban a impulsar su superación en ese sentido, lo inhibían para ello.

Al no poseer la clase obrera sus propios organismos directivos, depositando en Perón toda la responsabilidad directiva y asumiendo después de la movilización del 17 de octubre, por tal razón, una actitud de acatamiento pasivo frente al gobierno peronista —mantenida posteriormente merced al alto nivel de vida que permitió la acumulación de divisas durante la guerra y posguerra—, comenzaron a gravitar sobre éste, poniendo en evidencia, las fuerzas burguesas que, después de ser derrotadas por el pueblo, buscaron reacomodarse.

Perón continuó siendo el líder de los obreros —y este hecho no dejó de tener importancia en toda su gestión gubernamental, aunque no

en la medida necesaria para la profundización de la revolución—, pero dejó rápidamente de ser lo que objetivamente había sido en un principio: *un líder obrero*. Se transformó, así, en *un líder nacional-burgués con apoyo obrero*. Precisamente de ese equilibrio de fuerzas de clase que él pasó a encarnar, surge el carácter bonapartista del gobierno peronista. Equilibrio que paulatinamente se fue alterando en beneficio de la burguesía —hecho facilitado por la estructura burocrática del Partido Peronista y del movimiento sindical, sometido al Estado— determinando la hegemonía burguesa en ese frente de clases, hasta culminar con el derrocamiento de Perón, la ruptura del frente por la propia burguesía —al considerarlo ya innecesario, antieconómico y peligroso— y la derrota obrera del 55.

Si la clase obrera hubiera tenido sus propios organismos directivos ese equilibrio se habría alterado a su favor y otro hubiera sido el proceso posterior, como probablemente hubiera sido otro, también, el mismo Perón, sin que tal cosa hubiera significado necesariamente la pérdida de su liderazgo.

Pero, ¿cuáles eran esas fuerzas burguesas que de hecho asumieron la dirección del proceso, frustrándolo?

7. La burguesía nacional

El mismo desarrollo industrial relativo de entre guerras, que posibilitó la formación de la nueva clase obrera argentina, determinó también el desarrollo de una burguesía industrial, diferenciada, *en algunos de sus sectores*, de la tradicional oligarquía agropecuaria y de la burguesía comercial. Estos sectores, de capital preponderantemente nacional, se fortalecieron al amparo de las especiales circunstancias creadas por la guerra (escasez de productos manufacturados, relajación de la presión económica imperialista, etc.), aumentando su importancia económica, política y social. La guerra, consecuencia de la crisis mundial del imperialismo, les permitió ampliar su cuota de ganancia en el reparto de la plusvalía creada por los trabajadores argentinos. Constituyeron, *en ese momento*, lo que puede calificarse, aunque en forma relativa, como burguesía nacional.

Si bien contemplaron con odio y pavor de clase la política obrerista de Perón, que organizaba sindicalmente a los trabajadores, que imponía y hacía respetar leyes laborales en su defensa y que podaba las ganancias empresarias con el aumento de los salarios obreros, y se opusieron tenazmente a él, engrosando en su mayor parte las filas de la Unión Demócrática, una vez consolidado el peronismo en el poder apreciaron la conveniencia de la política peronista, que ampliaba el mercado para sus productos y proyectaba en su favor, mediante créditos, subvenciones, etcétera, una parte de la renta agraria.

Por otro lado, el vacío ideológico que la ausencia de una dirección obrera había creado en el peronismo inicial, fue inmediatamente llenado por los teóricos del nacionalismo democrático burgués, algunos de los cuales, los más lúcidos, rodearon a Perón desde un principio, adquiriendo, además, apreciable influencia en el ejército.

Tales las circunstancias que informaron el desarrollo ulterior del proceso, la rápida pérdida de gravitación de la clase obrera y el papel

directivo dentro del frente de clases del sector momentánea y relativamente nacional de la burguesía industrial. Y tales también las circunstancias que determinaron el incumplimiento de las tareas nacionales, estancando el proceso revolucionario y condicionando la derrota final del peronismo.

Este sector relativamente nacional de la burguesía industrial en ningún momento estuvo dispuesto a cumplir con aquellas tareas. Sus crecientes vinculaciones con la oligarquía, su respeto a la sacrosanta propiedad privada y sus aspiraciones oligárquicas, le impedían la expropiación de ella; su dependencia del imperialismo (necesidad de capitales, maquinarias, combustibles, etc.) lo inhibía para llevar una lucha a fondo contra él; la búsqueda del enriquecimiento inmediato lo desinteresaba de realizar la industrialización pesada —base de un auténtico desarrollo económico—; su olfato de clase le hacía percibir los peligros de una lucha consecuente contra el imperialismo y la oligarquía, que sólo puede basarse en la movilización activa de las masas, haciendo peligrar su control de la situación. Todas estas razones, y otras, lo inhibían, finalmente, para proyectar la revolución hacia los otros países latinoamericanos —ampliando el mercado interno— en pos de la unidad nacional.

Mientras se mantuvieron las excepcionales condiciones creadas por la guerra —necesidad de nuestros productos agrarios, acumulación de saldos a nuestro favor, etc.— la política nacional-burguesa del gobierno peronista fue viable, y el frente de clases, tibiamente antioligárquico y antiimperialista, se mantuvo. Cuando esas condiciones llegaron a su fin; cuando la recuperación económica de Europa provocó un descenso del valor de nuestras exportaciones; cuando comenzaron a escasear las divisas y desgastarse las maquinarias; cuando los elevados salarios se hicieron incompatibles con las elevadas ganancias y el mantenimiento de las estructuras oligárquicas; cuando, en fin, se planteó la necesidad imperialista de profundizar el proceso revolucionario expropiando a la oligarquía y acelerando el cumplimiento de las tareas democrático-burguesas, el sector relativamente nacional de la burguesía industrial perdió sus escasos rasgos nacionales, se alejó del frente y el peronismo quedó nuevamente reducido a la clase obrera. Pero, como ya hemos dicho, era una clase obrera que seguía careciendo de una dirección de clase propia y revolucionaria; peor aún, que poseía una dirección burocratizada y corrompida; en suma, una clase obrera debilitada.

Entonces Perón cayó. Tal vez pudo no haber caído, la mayoría del ejército continuaba respondiéndole, la clase obrera estaba dispuesta a luchar, pero, repetimos, Perón era, también él, producto de todo un proceso y una política anterior. Esa misma política había ya condicionado su caída de igual modo que lo había condicionado a él para no adoptar las medidas revolucionarias requeridas.

Si Perón había sido, objetivamente, un líder obrero en el 45, diez años de ejercicio de una política nacional-burguesa, necesariamente debían transformarlo, objetiva y subjetivamente, en un político burgués-nacional, representante de la burguesía en lo que ésta podía tener de nacional en un estado semicolonial como el nuestro. Todo el proceso posterior a su caída y toda su política subsiguiente no hacen más que confirmarlo.

8. La burguesía "nacional"

Sin embargo, la restauración oligárquica fue un mal negocio para esa burguesía "nacional" sin rasgos nacionales. El rompimiento del frente de clases fue rápidamente aprovechado por la oligarquía vacuna. El nacionalista burgués Lonardi fue reemplazado inmediatamente por el oligárquico binomio Aramburu-Rojas. Se acabaron drásticamente los créditos, las subvenciones y el proteccionismo aduanero; el mercado de consumo se retrajo violentamente; la crisis estructural se agudizó.

Desde entonces la burguesía industrial en su conjunto ha tratado permanentemente de recomponer el frente, tal la base de toda la política frigerista. Pero en las nuevas condiciones de plena producción imperialista, de exportación constante de capitales imperialistas al mundo colonial y semicolonial —capitales que, por su destino y condiciones de inversión, no sólo no impulsan un auténtico desarrollo industrial independiente de esas zonas, sino que las esclavizan más aún, perpetuando su atraso estructural—, la burguesía industrial, incluidos sus sectores "nacionales", no podía menos que remachar sus lazos de dependencia económica (capitales, máquinas, etc.) y política con el imperialismo, tal como lo demostró el gobierno de Frondizi.

En realidad, esta dependencia del imperialismo constituye una característica necesaria de cualquier burguesía semicolonial en las actuales condiciones del capitalismo imperialista. La penetración de capitales yanquis en nuestra industria ha sido una constante en su desarrollo. Las circunstancias creadas por la guerra permitieron el surtimiento y/o afianzamiento de un sector burgués débilmente nacional. Pero, pasadas esas circunstancias, este sector debía necesariamente perder su débil carácter nacional, proceso que comenzó antes de la caída de Perón, coadyuvando a ella. Desde entonces resulta prácticamente imposible hablar de una burguesía *nacional* —es decir, una burguesía interesada en impulsar efectivamente el cumplimiento de las tareas nacionales pendientes—, a no ser que se entienda con ello un sector económica y políticamente insignificante de la burguesía industrial, también indirectamente dependiente del imperialismo y deseoso de sus capitales.

Así, tras los ataques puramente verbales de los voceros políticos de la burguesía industrial argentina a la oligarquía y al imperialismo inglés (ya hemos visto los alcances prácticos de ese antioligarquismo y de ese antiimperialismo en el gobierno de Frondizi), se esconde en realidad la supeditación de dicha burguesía a los intereses yanquis y la pugna interimperialista entre Inglaterra y Estados Unidos —ahora también el Mercado Común Europeo— por el control de nuestra economía.

9. Los tres momentos de la estrategia revolucionaria

Si el período de la resistencia, posterior a la caída de Perón, demostró las carencias directivas, ideológicas y organizativas en que quedó el movimiento obrero peronista, la reestructuración del frente con Frondizi, y los posteriores intentos en ese sentido, demuestran, a su vez, los motivos de tales carencias: la persistencia en la dirección peronista, a pesar de la base obrera del movimiento, de una ideología y una política nacional-burguesa —en las cuales lo nacional hace ya largo tiempo que dejó de tener vigencia— contradictorias, por su inconsecuencia y dependencia

objetiva del imperialismo, con los intereses reales de la clase obrera y del país en general.

Tal circunstancia determina la necesidad inclinable —para superar nuestro estancamiento y atraso, realizar las tareas democrático-burguesas y poner proa definitiva al objetivo revolucionario principal— a una auténtica dirección revolucionaria de la clase obrera. Su inexistencia es el pantano en el cual se han hundido constantemente todos los momentos de ascenso de las masas argentinas y todas las situaciones potencialmente revolucionarias.

La aparición de esa dirección constituye, pues, como lo señalamos al principio de este trabajo, un momento dialéctico fundamental de la estrategia revolucionaria. Si la unidad socialista de América Latina es la finalidad principal de esa estrategia, y si la realización efectiva de las incumplidas tareas nacionales bajo la conducción de la clase obrera constituye el medio que habrá de llevar a la concreción de esa finalidad, la constitución de una dirección o vanguardia de la clase obrera, independiente de la burguesía, es la herramienta absolutamente necesaria sin la cual resulta imposible avanzar en el cumplimiento de ese proceso.

Tenemos, entonces, ya determinados los tres momentos principales que debe contemplar una correcta estrategia revolucionaria en nuestro país: 1º) concreción de una dirección revolucionaria de la clase obrera; 2º) realización, bajo su conducción, de las incumplidas tareas democrático-burguesas; y 3º) unificación socialista de América Latina. Cada uno de estos momentos condiciona la realización de los otros.

Sin embargo, conviene aclarar que estos momentos no son etapas históricas aisladas unas de otras, con una rígida sucesión en el tiempo, y que deba abordárselas por separado. La relación entre ellos es dialéctica. A la unidad socialista de América Latina se llega luchando por realizar las tareas democrático-burguesas, y éstas se realizan en la medida que dicha unidad se concreta. Al mismo tiempo, la dirección revolucionaria de la clase obrera se gesta en la lucha por la realización de las tareas democrático-burguesas y la unidad socialista de América Latina, y esa unidad y la realización de esas tareas sólo puede lograrse en la medida que se vaya gestando dicha dirección. No existen, pues, tres etapas independientes unas de otras, los tres momentos deben estar siempre presentes, a un tiempo, en la praxis revolucionaria y en todos los planteos tácticos que se vayan elaborando.

* * *

En base a lo dicho, abordaremos en la parte final de este trabajo el análisis del primero de esos momentos dialécticos, o sea, el problema de la dirección o vanguardia de la clase obrera, y lo haremos siempre en relación al peronismo, por ser en su seno donde se encuentra en bloque el proletariado argentino.

IV. LA DIRECCIÓN OBRERA REVOLUCIONARIA

1. Peronismo y dirección obrera

Hemos visto cómo la ceguera y traición de la cipayo "izquierda" tradicional, sumado a las excepcionales condiciones creadas por la guerra

ira, impidió que el espontáneo ascenso obrero del 45 concretara una auténtica dirección revolucionaria.

La actitud de la "izquierda" estableció la debilidad organizativa e ideológica del proletariado en todo el período anterior. Ante esa carencia las masas se dieron su propia dirección *al nivel que las circunstancias establecieron*. El liderazgo de Perón fue el resultado de ese proceso.

La guerra mundial permitió, a su vez, el fortalecimiento de un sector burgués débilmente nacional, momentánea y relativamente independizado del imperialismo, y una situación económica privilegiada para nuestro país. Perón cumplió con las aspiraciones mínimas de las masas, organizándolas sindicalmente y elevando substancialmente su standard de vida. Estas medidas llenaron plenamente las exigencias de las masas, exigencias cuyo carácter mínimo derivaba, en última instancia, de su debilidad organizativa e ideológica anterior. Las masas reconocieron en Perón su líder y adoptaron una actitud pasiva, movilizándose exclusivamente cuando Perón las requería.

Al mismo tiempo, el sector más nacional de la burguesía industrial rodeó a Perón, dando, merced a la actitud pasiva de las masas, la tónica ideológica del movimiento peronista y determinando toda su política ulterior. La dirección de los trabajadores fue, entonces, una dirección nacional-burguesa, y el peso específico de la clase obrera en el frente gestado disminuyó inmediatamente hasta quedar en un papel subordinado. Así se frustró la profundización de la revolución nacional.

Al cambiar la situación económica de privilegio creada por la guerra se acabaron los escarceos antiimperialistas de la burguesía industrial "nacional"; de hecho la burguesía industrial en su conjunto pasa a ejercer —en lo que atañe al cumplimiento de las tareas nacionales— el papel de aliado nativo del imperialismo yanqui. La política bonapartista de Perón pierde viabilidad y éste cae. El peronismo queda reducido nuevamente a su base obrera, pero su dirección continúa siendo nacional-burguesa. Una política nacional-burguesa en momentos en que la burguesía ha perdido todo carácter nacional, es decir, antiimperialista, y una política de satisfacción a todas las clases en momentos de aguda crisis económica, resulta completamente impracticable. Por eso cayó Perón. Representante histórico de la burguesía de un país semicolonial en lo que ésta podía tener de nacional en la época del imperialismo, al esfumarse los débiles rasgos nacionales de ella, Perón pierde su representatividad. Incapacitado para reasumir la representación histórica de la clase obrera como clase, abandona el poder, el cual, finalmente, como era de prever, vuelve a manos de la oligarquía.

La persistencia de la ideología nacional-burguesa en el peronismo determina todas sus derrotas y frustraciones posteriores, consecuencias de compromisos espúreos con una burguesía que ya nada tiene de nacional, y enfrentan al movimiento peronista, en la actualidad, con un dilema de hierro: o su transformación revolucionaria, adquiriendo la teoría y la práctica que corresponde a la clase obrera y echando por la borda todos los lastres nacional-burgueses, o su transformación definitiva en un instrumento del imperialismo, a través de la realización de la política de la burguesía industrial.

La actual dirección política y sindical del peronismo, formada en años y años de política nacional-burguesa, burocratizada e ideológicamente deficitaria, no está en condiciones —ni conviene a sus intereses inmediatos— de tomar el primer camino; por ello se desliza cada vez más por el tobogán del segundo.

La clase obrera, por su lado, ante la inexistencia de un movimiento que lo supere, permanece en bloque en el peronismo. La transformación revolucionaria del peronismo implicaría, de hecho, el que la clase obrera encontrara por fin su propia dirección. Pero para que esto suceda es necesario que los trabajadores tengan bien claro en qué consiste una *dirección obrera revolucionaria* y cuáles son sus condiciones básicas.

2. Condiciones de una dirección obrera

La necesidad de una dirección o vanguardia de la clase obrera, independiente y revolucionaria, se presenta como una tarea insoslayable que la estrategia revolucionaria debe encarar. Sin ella el ascenso revolucionario de las masas, consecuencia de la agravación paulatina de la crisis económica del país y de la impotencia oligárquica por estabilizarse en el poder, continuará siendo frenado o conducido, en cada circunstancia concreta, tal como viene sucediendo, a callejones sin salida, en beneficio de las clases dominantes y el imperialismo, y en contra de los intereses generales del país.

Por más que exista en la clase obrera la *necesidad material* y la *rebeldía emocional* que la impulsen a la movilización revolucionaria, mientras no exista la *autoconciencia* de su papel histórico, dicha movilización, de producirse, será aprovechada en su contra. Esa autoconciencia debe inevitablemente concretarse en una dirección de clase independiente, y, dialécticamente, será papel fundamental de dicha dirección el impulsar y elevar aquella autoconciencia.

Aunque estén dadas ciertas condiciones objetivas (miseria, desocupación, crisis de poder, etc.) y subjetivas (rebeldía creciente de las masas), mientras no exista el otro factor subjetivo fundamental, que es la conciencia revolucionaria, materializada en una dirección lúcida, el proceso revolucionario permanecerá estancado y la crisis no tendrá solución positiva. La crisis actual no es otra que la crisis de la dirección obrera.

De este modo, estamos ya señalando las principales condiciones de una auténtica dirección obrera.

En primer lugar su neto carácter clasista, explicitado en la correcta interpretación de los intereses fundamentales de la clase obrera *como clase*, en la permanente delimitación clara de esos intereses de los de las restantes clases de la sociedad y en el conocimiento de los objetivos históricos del proletariado —también *como clase*— y la acción en consecuencia.

En segundo lugar, esto exige, de esa dirección, la posesión y dominio de una teoría y un método de análisis adecuado a aquellos intereses fundamentales de la clase obrera, que parte del reconocimiento del hecho objetivo de la lucha de clases como motor de la historia y del papel que cabe al proletariado como liberador de la sociedad íntegra al

liberarse a sí mismo como clase. Esa teoría desprovista de brumas metafísicas y fetiches absolutos y ese método de análisis realmente objetivo y científico es el marxismo. Sin la aplicación consecuente y sistemática del marxismo por parte de una dirección obrera, no hay, en nuestra época y en nuestro país, salida revolucionaria posible. El carácter realmente obrero y revolucionario de esa dirección estará dado, precisamente, por esa aplicación consecuente y sistemática del marxismo en la interpretación de la realidad y su transformación; y, viceversa, su carácter marxista habrá de derivar de su papel de auténtica intérprete de los intereses fundamentales de la clase obrera como clase.

La tercera condición de una dirección obrera revolucionaria es la de su efectividad directiva, su ligazón real, en los hechos, al proletariado, a través de la cual aquella interpretación marxista de la realidad se trasunte en actos concretos que efectivamente modifiquen, en el sentido propuesto, a esa realidad.

En síntesis:

Siendo el proletariado la única clase en la sociedad argentina que puede llevar adelante las tareas democrático-burguesas y, por lo tanto, realizar la revolución nacional, la única dirección a la cual cuadre el calificativo de revolucionaria habrá de ser a una dirección de la clase obrera, con un neto carácter clasista en cuanto a la búsqueda de la realización de los intereses fundamentales de la clase obrera *como clase*. De esta condición primera se deducen lógicamente las dos siguientes: el contenido marxista de su gestión teórico-práctica, derivado de su condición real obrera, y su efectiva ligazón a las masas, sin la cual no hay dirección real ni hay marxismo en su cabal acepción, es decir, como actividad *total*.

Estas tres condiciones exigen para su concreción en una auténtica dirección obrera el paulatino ascenso del proletariado a la autoconciencia de su misión histórica. Se entiende perfectamente que esa toma de conciencia constituye el momento dialéctico de confluencia entre la clase obrera y su vanguardia, entre los sectores más esclarecidos y conscientes del proletariado y el resto de la clase, momento en el cual dicha vanguardia se determina como tal; es, por lo tanto, un momento necesario sin el cual no hay, de hecho, dirección revolucionaria. Esta sólo puede definirse por la efectividad práctica de su acción, consecuencia de una real fusión con las masas. Si esa fusión no existe, no puede hablarse de dirección. Y para que esa fusión se produzca, en las condiciones de una dirección revolucionaria ajustada a los requisitos más arriba apuntados, resulta indispensable aquella paulatina toma de conciencia. Al mismo tiempo, esa toma de conciencia no surge en las masas por un acto de revelación divina ni nace por generación espontánea. Las masas toman conciencia de sus fines —y medios para llegar a ellos— por la acción constante de los grupos políticos y militantes obreros esclarecidos y con vocación de vanguardia en el seno mismo de la lucha concreta de la clase obrera. Y, dialécticamente, esos grupos y militantes se van constituyendo en vanguardia a través del éxito de su acción promotora de aquella toma de conciencia.

Quiere decir, entonces, que una auténtica dirección de la clase obrera únicamente puede gestarse en el seno mismo de la lucha concreta de esa clase, por la acción constante de aquellos individuos y grupos que, mer-

ced a su clara visión de la realidad, combatividad y espíritu revolucionario, vayan ganándose de hecho el apoyo de los trabajadores, interpretando realmente sus intereses fundamentales, dando las consignas correctas, explicando y luchando, obteniendo así el derecho a conducir.

La asimilación paulatina por parte de las masas de los principios revolucionarios básicos, su toma de conciencia, es dialéctica. Las masas actúan políticamente en función de sus necesidades políticas inmediatas, elevando su conciencia sólo cuando ello se les hace necesario. Pero ello se les hace necesario y posible por la acción de la vanguardia, que, mediante este proceso, pasa del estado potencial al de vanguardia en actos, aumentando su necesidad y dirigiendo, así, efectivamente, la revolución.

Sin embargo, en su lucha por erigirse en dirección revolucionaria, los grupos obreros revolucionarios encuentran limitado su accionar por el mayor o menor grado de combatividad de la clase obrera en cada momento. Entre el grado de combatividad o rebeldía y la necesidad de aumentar la conciencia revolucionaria existe una relación dialéctica. Cuanto más elevado es el grado de rebeldía de la clase obrera, mayor es su necesidad de conciencia, y este aumento de su conciencia repercute sobre la rebeldía original aumentándola cuantitativamente y modificándola cualitativamente en un sentido revolucionario más profundo. A la inversa, cuanto menor es esa combatividad, menor es la necesidad de conciencia y más estrechos los límites para la acción de los activistas revolucionarios.

Pero esto no significa, ni mucho menos, la imposibilidad absoluta para esos activistas de efectuar considerables progresos entre sectores de la clase obrera, elevando la conciencia de éstos y colocándose en una situación favorable para erigirse en dirección en cuanto las circunstancias objetivas —que pueden variar súbitamente— determinen un ascenso de la combatividad obrera en general. Tanto más esto si tenemos en cuenta el otro factor de interdependencia dialéctica, que se plantea entre dirección y base, en el plano de la combatividad. Así como una dirección revolucionaria eleva e impulsa la combatividad obrera, resultando dialécticamente en un aumento de su propia combatividad, en la misma forma, ese proceso puede y debe cumplirse en escala numérica más restringida merced a la acción de los activistas revolucionarios en las épocas de pasividad del movimiento obrero en general. De ahí que los intentos tan frecuentes entre la burocracia sindical, como en algunos sectores de izquierda, de justificar sus claudicaciones, en el primer caso, y sus fracasos, en el segundo, con una supuesta apatía y desinterés de la clase obrera, no dejan de ser vulgares infamias de burócratas corrompidos o de intelectuales pequeñoburgueses incapaces de elevarse a un nivel de comprensión de las circunstancias específicas de nuestro proceso revolucionario. Es precisamente en los momentos de baja combatividad del movimiento obrero cuando los revolucionarios necesitan al máximo de una correcta apreciación de esas circunstancias específicas.

No queremos decir con esto que baste únicamente con la apreciación correcta de las circunstancias y la acción consiguiente, para que automáticamente emerja la dirección revolucionaria. Infinidad de factores imprevisibles y otros evidentes pero profundamente arraigados en las masas suelen interferir y postergar dicha aparición. Incluso la misma aproximación correcta a la realidad por los militantes revolucionarios

rios requiere una experiencia en la acción práctica imposible de lograr con el puro análisis teórico. Los plazos son, entonces, variables, pero la acción correctamente encauzada necesariamente fructifica.

A partir de la caída de Perón, importantes sectores de la clase obrera se movilizaron activamente en reiteradas ocasiones. Fusilamientos de obreros, presos "conientes", torturados, ocupaciones de establecimientos que nada tuvieron de pacíficas (desde la ocupación del Frigorífico Nacional hasta algunas de las más recientes la lista es inacabable), importantes huelgas que tampoco fueron enteramente pacíficas, las movilizaciones últimas, que adquirieron caracteres violentos, como en Córdoba con la llegada de De Gaulle y algunos de los cabildos abiertos organizados por la C.G.T. en el Gran Buenos Aires, etc., constituyen muestras de que el nivel de combatividad de la clase obrera argentina no ha estado ni está en los niveles más bajos.

Evidentemente, no se produjo ninguna movilización equiparable por su magnitud a la del 45. Tal cosa, en las nuevas circunstancias, hubiera significado, de hecho, el comienzo de la guerra civil revolucionaria. Pero carece por completo de sentido el deducir de eso una supuesta pasividad de la clase obrera. Una movilización de esa envergadura requiere circunstancias especiales que no llegaron a concretarse por la acción frenadora (directa o mediante la no organización) de la dirección peronista y la burocracia sindical. Negarlo es hacer el juego a esa dirección y esa burocracia, justificando sus traiciones e insultando injustamente a los trabajadores. Esa acción de freno, además, no se ejerció de una manera franca y directa, sino en forma sutil y solapada, arrastrando a derrotas parciales y callejones sin salida, tratando de quebrar en cada caso la voluntad de lucha de las masas, con la intención de desmoralizarlas y justificar luego todos los manejos "frentistas". Eso es fácil de ver para cualquiera que tenga formación política (aunque hay algunos que prefieren "ignorarlo" a sabiendas), pero no es tan fácil de ver para los trabajadores, sobre todo cuando quienes debieran realizar en su seno una labor clarificadora se limitan a actuar en forma oportunista, en unos casos, o con toda la pedantería suficiente de que son capaces los sectarios "izquierdistas", en otros.

Si la clase obrera tiene una dirección nacional-burguesa y burocrática, es lógico que la relación dialéctica entre esa dirección y las bases no habrá de establecerse en el sentido de elevar la combatividad de éstas, sino a la inversa. Pero deducir de eso que las bases tienen la dirección que se merecen es una monstruosidad reaccionaria. La clase obrera tiene la dirección que puede. Y como la autoconciencia de sus fines de clase no surge entre los obreros por generación espontánea, para que reemplacen su actual dirección nacional-burguesa y burocrática por otra revolucionaria, resulta indispensable la acción de militantes verdaderamente revolucionarios, con una clara noción de las especiales circunstancias de nuestro proceso, y no el oportunismo chatamente empirista o la petulancia pequeñoburguesa, abstracta y desconectada de la realidad, que desgraciadamente han prevalecido y prevalecen en la actividad política supuestamente revolucionaria de nuestro país.

Ahora bien, si tal como se desprende de las condiciones más arriba establecidas, una dirección de la clase obrera únicamente puede ser una

dirección marxista, cabe preguntarse sobre las razones del fracaso de las distintas corrientes políticas autocalificadas como marxistas en nuestro país. Concretamente: ¿Por qué la izquierda se ha demostrado, hasta el momento, impotente para autorrealizarse como dirección de la clase cuyos intereses pretende representar? Estando la política de los distintos sectores de la izquierda encaminada —real o aparentemente— a su erección en vanguardia de la clase obrera, ¿cuáles son las causas que lo han impedido?

Responder plenamente a esos interrogantes es tarea que excede los límites de este trabajo. Pero de la crítica a esas políticas tal vez puedan inferirse algunas de las razones de sus fracasos y, así, aprendiendo de ellos, sacar conclusiones provechosas para el trazado de una correcta estrategia revolucionaria. Es más, esa crítica resulta absolutamente indispensable a tal efecto, mal que les pese a los eternos promotores de la "unidad" a cualquier precio (de la "unidad" sin clase obrera) ya que, como sosténía Lenin, la lucha contra el imperialismo es inseparable de la lucha contra el oportunismo.

Sin embargo, esa crítica no debe significar —y no significa en nuestro caso— un desconocimiento de los aportes efectuados por las distintas corrientes adscriptas al marxismo. Precisamente porque la revolución es un proceso, la verdad política no aparece de golpe y con forma definitiva. Las posiciones correctas se van elaborando sobre la base de errores propios y ajenos, y la crítica de lo hecho es lo único que permite una síntesis aproximativa a esa verdad política, sin que ello implique una negación total de lo realizado, sino el aprovechamiento de lo positivo —implícito en las nuevas posiciones elaboradas— atacando lo negativo. De ahí que nada más alejado de nuestra posición crítica que cierta actitud negativa total, bastante generalizada en sectores advenidos al peronismo con posterioridad al 55, que bajo la máscara de presuntas posiciones nacionales y, en algunos casos, autonomizándose públicamente como marxistas, se especializan en el ataque *indiscriminado* a la izquierda, eludiendo al mismo tiempo, y con argumentaciones retorcidas de corte irracionalista, toda caracterización de clase de la dirección peronista, y practicando un cuasi religioso "seguidismo" hacia ella en una o en ambas de sus dos vertientes —nacional-burguesa y burocrática sindical— que objetiva e inexorablemente termina siempre en oportunismo hacia la burguesía "nacional".

En dichos sectores parecería como si el marxismo fuera un traje de calle para usar exclusivamente fuera de la casa, mientras que dentro de ella lo cuelgan en una percha y se ponen ropa más "cómodas", más "sencillas", que permitan mayor libertad de movimientos. De tal manera, la autocritica sólo la ejercen en forma retrospectiva (sobre su pasado "izquierdismo"), pero sienten una "saludable" repulsa a ejercerla sobre el presente.

A pesar de su extracción "izquierdista" cipaya, en la gran mayoría de los casos —aunque tal vez por ella— estos sectores, y otros que desde fuera del peronismo y por idénticas razones asumen una actitud similar, se especializan en el ataque *indiscriminado* y *global* a la izquierda *en general*, poniendo en una misma bolsa a la "izquierda" liberal y cipaya y a la corriente ideológica que *desde el 45* y con posiciones marxistas

—por lo tanto, en lucha permanente con esa “izquierda” cipaya— hizo posible una comprensión objetiva y *realmente nacional* del fenómeno peronista. En su crítica a la izquierda —que, como dijimos, es una auto-critica retrospectiva—, unos y otros, dentro y fuera del peronismo, “olvidan” por completo que si accedieron a las posiciones nacionales que hoy esgrimen contra ella, fue gracias a la labor polémica de un sector marxista y, por lo tanto, de izquierda, que elaboró dichas posiciones, conformando una corriente marxista y nacional que, al margen de las discrepancias y luchas políticas que puedan tener entre sí quienes la integran —y entre los cuales nos colocamos—, constituyó el paso más importante hacia una comprensión revolucionaria de nuestra realidad y de cuya gravitación en la vida política argentina ellos mismos —sus actuales detractores—, sea por vía directa o indirecta, son, en lo mejor que tienen, un exponente.

Naturalmente, esta indiferenciación en el ataque a la izquierda no es casual ni por ignorancia. Corresponde, en unos, a un celo "peronista", y en otros, a un celo "nacional", proporcionales a sus respectivos padados cipayos, cuya raíz debemos buscarla en esa tendencia pequeño-burguesa a pegar saltos más largos de lo necesario, pasando siempre por encima del objetivo. Pero corresponde, principalmente, con las posiciones que al respecto han mantenido y mantienen tanto la burocracia sindical como los políticos burgueses de todo pelaje, especialmente los "nacionales" y peronistas, quienes se valen de ello para intentar desprestigiar ante la clase obrera, por todos los medios disponibles, no sólo a la izquierda, sino al marxismo en general.

En lo que respecta a la clase obrera, no creemos necesario puntualizar las consecuencias negativas que puede tener esta oportunista identificación de la izquierda *en general* (identificación absoluta o por omisión y silenciamiento de su sector nacional) con las traiciones de la "izquierda" cipayo. Especialmente si, tal como suele suceder, dicha identificación se acompaña con una actitud sospechosamente respetuosa hacia el "nacionalismo" oligárquico y clerical y/o los sectores "avanzados" de la democracia cristiana.

V. CRÍTICA DE LAS POLÍTICAS ENSAYADAS

1. La crisis de la "izquierda"

No efectuaremos aquí el análisis crítico de la "izquierda" tradicional. Ese análisis —y la explicación de las causas de su fracaso— ya ha sido realizado —y en forma lapidaria, por cierto— en las obras de Ramos, Hernández Arregui, etc. Diremos simplemente que diversas circunstancias históricas y sociales condicionaron la mentalidad liberal y oportuna que la caracteriza. Si la aparición del peronismo en la arena política argentina, al evidenciar el fracaso de esa "izquierda" por erigirse en auténtica intérprete de la clase trabajadora, marca el comienzo de su crisis, la caída de Perón da a esa crisis un carácter definitivo. La necesidad de encontrar una salida positiva promueve la creciente atomización de esa "izquierda", en un proceso que culmina en nuestros días. La conciencia del papel nefasto cumplido por la vieja "izquierda" "so-

cialista" y "comunista" impulsa a la búsqueda de nuevos caminos, determinando las distintas políticas ejercitadas por un vasto sector de quienes adhieren al marxismo.

Estando la clase obrera en el peronismo, ha sido con respecto a él que se han definido casi todas estas políticas, resultando, por parte de algunos sectores y a partir de la aparición misma del fenómeno peronista, en una labor crítica —tanto respecto a la “izquierda” como al peronismo— de importancia incalculable. No obstante, su falta de invitación directa en el movimiento obrero, traducida en la impotencia para avanzar hacia su erección en vanguardia, denuncia la persistencia de vicios no superados.

2. Dos actitudes frente a la realidad

Tales vicios derivan de la prevalencia en la actividad política pretendidamente revolucionaria de nuestro país de dos actitudes incorrectas frente a la realidad: 1º) El menosprecio de todo necesario conocimiento de ella, que resulta en el ultraizquierdismo abstracto, importador de esquemas ajenos y desvinculado de la realidad concreta, con sus secuelas de sectarismo, guerrillerismo, etc., y 2º) La apreciación parcial de la realidad, trasuntada en el ejercicio de un empirismo político estrecho y cerrado que desemboca inevitablemente en el aventurerismo insurreccional y/o el oportunismo hacia la burguesía "nacional".

La realidad argentina presenta características propias, y en gran parte inéditas, cuya determinación constituye el prerrequisito indispensable de una correcta estrategia trazada sobre su terreno. Dicha estrategia, a la cual se habrán de subordinar todos los circunstanciales planteos tácticos, sólo podrá elaborarse en base al conocimiento *integral* de esas características.

Es decir, que sin conocimiento de la realidad en la cual habrá de operarse, y sin una justa interpretación de sus características, no hay estrategia revolucionaria posible. Y, además, dicho conocimiento debe ser *integral*. Debe ser conocimiento de la realidad entendida como *totalidad*. Debe ser conocimiento de la *realidad total* en sus aspectos fundamentales, en sus aspectos más actuantes y dinámicos. *Conocimiento* e *integralidad* son, pues, los dos términos necesarios que configuran este requisito, y es con respecto a ellos que se definen en forma negativa las dos actitudes prevalecientes arriba mencionadas.

3. El menosprecio de todo necesario conocimiento de la realidad

Los esquemas estratégicos surgidos de la lucha revolucionaria en otros países y que han demostrado su eficacia en ellos, poseen para nosotros un valor relativo, derivado de su elaboración en función de otras realidades con características necesariamente distintas a las de la nuestra. El trasplante mecánico de esos esquemas a la realidad argentina, y su aplicación literal, constituye un error que generaciones enteras de militantes revolucionarios han pagado y pagan con el aislamiento, la impotencia y/o el sacrificio estéril, sin que eso, como es lógico, redundara ni redunde en un real beneficio para el cumplimiento del proceso revolucionario.

No estamos negando en forma absoluta el valor de tales esquemas. Toda experiencia histórica resulta provechosa y utilizable, por encima de las variaciones de tiempo y lugar. Es más, resulta indispensable a los efectos de no repetir errores y perfeccionar el dispositivo revolucionario. Ciertos métodos y tácticas de lucha pueden encontrar una eficaz aplicación en circunstancias distintas a las que les dieron origen, pero eso siempre y cuando se encuadren dentro de una estrategia general basada en las características particulares de la realidad en que se actúa. Toda pretensión de erigirse en vanguardia y tomar el poder exclusivamente mediante la repetición mecánica y formal de métodos revolucionarios ajenos, ignorando las características distintivas de nuestra realidad, no puede menos que conducir al fracaso y sacrificio inútil de militantes combativos.

Esa actitud encuentra su fundamento de clase en la pequeñoburguesía, caracterizada, en tanto clase, por la falta de objetividad que resulta de su situación social fluctuante y la no participación directa en el mecanismo productivo capitalista. Dicha falta de objetividad se trasunta, a su vez, en la propensión a adoptar, en cada coyuntura crítica, posiciones extremas y *aisladas*, ajenas a las necesidades reales del proceso revolucionario. El ultraizquierdismo sectario y el guerrillerismo de grupos aislados entre sí y desconectados de las masas constituyen, entre nosotros, sus formas más comunes.

Además, el carácter antinacional de nuestra cultura oficial origina en los estratos estudiantiles de la pequeñoburguesía un sentimiento de indiferencia, cuando no de desprecio, hacia la realidad nacional. Sentimiento que subyace en forma inconsciente en la mayor parte de los sectores de izquierda, generando una predisposición a idealizar las revoluciones lejanas en el tiempo y/o el espacio, cerrándose a una real comprensión del, para ellos, caótico, confuso e imperfecto proceso revolucionario en el cual están inmersos. De ahí a la copia textual de los esquemas estratégicos de aquellas revoluciones idealmente concebidas, o a la descategorización como revolucionario de todo aquello que no se ajuste exactamente a su abstracta noción de ellas, no hay, como es lógico, más que un paso.

Así, en sus dos variantes fundamentales —sectarismo ultraizquierdista, por un lado, y guerrillerismo, por el otro³—, esta actitud pequeñoburguesa, consistente en la aplicación de una estrategia revolucionaria que no responde a las necesidades del medio en que se opera, equivale, en los hechos, a la carencia de toda estrategia.

4. La apreciación parcial de la realidad

La segunda actitud, aparentemente opuesta a la primera, coincide con ella en la negatividad de los resultados.

Con el pretexto de la importancia de *algunas* características de nuestra realidad, y teniendo de ellas una visión parcial y limitada, se

³ No mencionamos la política oficial del Partido Comunista argentino, dado que su carácter netamente reformista y su supeditación a las necesidades internacionales de la burocracia soviética nos inhiben de considerarlo como una tendencia con intenciones revolucionarias.

practica un empirismo estrecho y cerrado, cuyas dos vertientes principales son, por un lado, el aventurerismo insurreccional y por el otro, el oportunismo político. Ambas variantes fundamentales se asientan sobre una base común: la interpretación parcial de la realidad magnificando algunas de sus características; confundiendo a éstas con la totalidad y fundando exclusivamente en ellas toda su acción política.

5. El empirismo terrorista e insurreccional

La primer variante, cuyo fundamento de clase se halla también en la pequeñoburguesía —preferentemente en sus sectores peronistas y nacionalistas—, presentando, por lo tanto, la ya señalada propensión a adoptar en cada coyuntura crítica posiciones extremas y aisladas, se caracteriza por la ausencia de una finalidad revolucionaria claramente determinada y de un método interpretativo de la realidad adecuado a esa finalidad. Es decir, la ausencia de una teoría revolucionaria y de un programa que la exprese. Lo que determina, a su vez, la inexistencia de una estrategia general, fundada en la valoración correcta de *todos* los factores actuantes en la realidad, y su reemplazo por planteos tácticos de corto alcance, condenados de antemano al fracaso, precisamente por haberse elaborado considerando solamente algunos de los aspectos de la realidad, aquéllos que de una manera directa —sin análisis y conocimiento de sus interrelaciones con los otros aspectos— experimentan los ejecutores de esa política. Si bien estos sectores, por su extracción ideológica, no siempre pertenecen a lo que se entiende por izquierda, la intención revolucionaria y popular de su acción hace que, por lo general, se hallen ubicados, objetivamente, a la izquierda de su propia procedencia ideológica, razón por la cual los consideramos en este análisis.

El absolutizar tan sólo algunos aspectos, desconociendo las necesidades generales del proceso revolucionario, equivale a pretender forzar arbitrariamente la realidad. El fundar en lo empírico inmediato la política a seguir, como quien reacciona mecánicamente, por reflejo, frente a un estímulo, sin analizarlo, comprenderlo y ubicarlo en el contexto general, lleva, también en este caso como en los anteriormente mencionados, a resultados catastróficos desde el punto de vista del sacrificio estéril de militantes combativos.

Frente al hecho empíricamente percibido de la indignación de las masas y de la impopularidad de los poderes constituidos, y considerando solamente este hecho, se deduce la necesidad de una acción violenta que agudice el proceso desencadenando la insurrección general. Pero al no tener en cuenta los otros factores necesarios al triunfo de una revolución, factores cuyo indispensable conocimiento implica un elevado grado de conciencia y una teoría revolucionaria de la que generalmente se carece, estando en primer término entre esos factores la necesidad de una dirección y una organización verdaderamente revolucionaria y con real apoyo de masas, la acción así ejecutada finaliza inevitablemente en el fracaso. Fracaso que, a su vez, puede determinar un fortalecimiento de la reacción, por el aniquilamiento de los militantes más combativos y por la ola de represión y destrucción de las organizaciones revolucionarias —aún débiles para resistir— que suele ser su secuela; puede

cerrarse, de este modo, por un tiempo relativamente largo, la posibilidad de concretar una dirección revolucionaria.

Las inconexas tentativas insurreccionales del peronismo, posteriores al 55, el terrorismo, el "uturunquismo", etc. (basadas tan sólo en la evidente repulsa de los trabajadores a la "revolución libertadora" y en el carácter peronista de la gran mayoría del pueblo, pero sin tener en cuenta otras características de la realidad del momento y las condiciones necesarias al triunfo revolucionario), todas ellas carentes de la adecuada organización que sólo puede dar la existencia de una auténtica dirección revolucionaria, y el saldo que ellas dejaron —torturados y presos "comintes", fortalecimiento de las tendencias burocráticas en el sindicalismo peronista, dilación de las posibilidades de crear una genuina vanguardia revolucionaria en el seno del peronismo obrero, etc.—, demuestran elocuentemente los resultados a que conduce el insurreccionalismo empírico, sin conciencia ni posiciones teóricas claras.

Aclaramos que esto no implica un enjuiciamiento realizado en el plano subjetivo de los militantes que se embarcaron en tal política. Significa, eso sí, el enjuiciamiento de una política objetivamente errónea, basada en impulsos irracionales y determinada por el callejón sin salida en que quedó el movimiento de masas después de la caída del peronismo. La verdadera responsabilidad de esa política errónea debe buscarse, entonces, en la carencia de un claro ideario revolucionario en el peronismo en el poder y en la indefinición y vacilaciones de su dirección, que no supo o no quiso profundizar el proceso revolucionario, evitando de ese modo su caída y la debilidad y desorientación en que quedaron las masas con posterioridad a ella. Los trabajadores deben aprender de los errores cometidos y sacar las necesarias conclusiones.

Vemos así como, en los hechos, tal política, que pretende adecuarse a las características de la realidad en que se actúa, al parcializar a ésta, coincide, por sus resultados nefastos, con aquella otra política que no la considera para nada o la considera abstractamente. Coincidencia motivada por la carencia en ambas políticas de un programa y una estrategia correctos⁴.

⁴ Tal vez se intente objetar lo afirmado argumentando que los revolucionarios cubanos, por ejemplo, carecían en sus comienzos de esa clara conciencia y de ese programa revolucionario que señalamos como necesarios; que partieron también ellos de la sola comprobación empírica y parcial de un hecho aislado: la miseria y el disconformismo popular, y que, no obstante, triunfaron. Sin embargo, este argumento no hace más que confirmar nuestro juicio. Ya que tan cierto como que los hombres de Fidel Castro que desembarcaron en las playas cubanas no poseían una definida posición revolucionaria, ni un programa claro, y que su empresa tenía todas las características de una mera aventura, tan cierto como todo esto, repetimos, es el hecho de que fueron despiadadamente masacrados en el momento mismo del desembarco, sin que eso produjera la más mínima reacción popular. Los escasos sobrevivientes se refugiaron en la Sierra e iniciaron —obligados por las circunstancias— un nuevo tipo de acción, cuyo éxito derivó, precisamente, de su adecuación a la **totalidad** de las características de la realidad cubana y sus necesidades reales, no tenidas en cuenta anteriormente. Lo cual fue posible, a su vez, por la paulatina adquisición de una conciencia revolucionaria (no simple rebeldía pequeño-burguesa), la elaboración de un programa y el trazado de una estrategia correcta. El gran mérito de los revolucionarios cubanos estuvo, precisamente, en haber aprendido de su fracaso inicial y el haber deducido de la práctica un programa y una estrategia razonablemente fundados, con los cuales fueron logrando el necesario apoyo de las masas (obreros rurales y campesinos).

6. El empirismo "entrista" y "seguidista"

La segunda variante del empirismo político pretendidamente revolucionario que intenta basarse en las características específicas de nuestra realidad, parte también de la absolutización de *algunas* de esas características, pero considerándolas en forma estática y adecuándose pasivamente a ellas. En esta forma, y a través de las distintas políticas "entristas", "seguidistas", etc., desemboca inexorablemente en el oportunismo hacia las clases dominantes.

Es que el empirismo político, como modo de acción basado en la experiencia inmediata, tal como ésta se da, excluyendo toda sistematización, toda visión de conjunto y careciendo, por lo tanto, de finalidades últimas, constituye en sí mismo el modo de acción política habitual de la burguesía, estando estrechamente vinculado a su estructura psíquica y a sus necesidades y objetivos de clase.

Así, su aplicación con pretensiones revolucionarias equivale a querer hacer la revolución socialista adoptando los modos de acción burgueses, lo que, a su vez, exige el colocarse en un estado psíquico y mental similar al del político burgués, mediatisando permanentemente todas las acciones políticas y perdiendo de vista las finalidades revolucionarias; aceptando los datos de la realidad como definitivos y renunciando, de ese modo, a la correcta apreciación de las posibles derivaciones del proceso, lo cual significa renunciar de hecho a modificar esa realidad en un sentido revolucionario.

El empirismo político, en tanto modo de acción política carente de fines mediatos, excluye la necesidad de una teoría, un programa y una estrategia. La actividad revolucionaria, en cambio, exige la existencia de ellos. De ahí que la aplicación de una política empírica con fines revolucionarios constituye en sí misma una contradicción que sólo puede resolverse en favor de la burguesía, pues al abandonarse *en los hechos, en la acción real*, toda teoría, todo programa y toda estrategia, inevitablemente se contribuye, en forma objetiva, a mantener los sostenes materiales e ideológicos en que se asienta el dominio burgués, y se pierde así todo contacto con las finalidades revolucionarias por la inexistencia de una estrategia que opere como nexo con ellas.

Al centrar la acción política exclusivamente sobre planteos tácticos no encuadrados dentro de una estrategia general, se entra de lleno en la política de los medios. Medios para llegar a otros medios que, a su vez, son medios de otros medios. De este modo, la finalidad revolucionaria se esfuma, perdiendo su contenido real, ya que al poseer esos medios una vida propia e independiente, su repercusión dialéctica sobre aquella finalidad revolucionaria se traduce en desvirtuación y anulación de ella como tal. Al no estar la táctica supeditada a una previa estrategia revolucionaria que la encauce, dicha táctica se adecua a las formas corrientes de la política burguesa imperante, de hecho se transforma ella misma en una táctica burguesa, a pesar de la finalidad revolucionaria que *ocultamente* pretenden perseguir quienes la ejecutan y, en esta forma, dicha táctica burguesa actúa dialécticamente sobre esa oculta finalidad revolucionaria, adecuándola a ella y anulándola como finalidad revolucionaria. Así, es la táctica la que determina a la estrategia, pero la "estra-

tegía" resultante, lejos de ser una estrategia revolucionaria (tal como se pretendía al comenzar el proceso), puede definirse, más bien, como la "estrategia" del oportunismo.

Tenemos entonces que la política de los medios caracteriza al empirismo —del cual resulta— como forma de acción política típicamente burguesa y, por lo tanto, contradictoria con las formas revolucionarias de acción política. Pues es característica de la burguesía la acción en función de lo inmediato y la carencia de finalidades últimas, actitud condicionada por los mismos imperativos del sistema capitalista de producción y por sus propias necesidades de conservación como clase (la burguesía mediatisa todo, su misma finalidad es un medio: el capital), mientras que lo que caracteriza a la actividad revolucionaria es, precisamente, la existencia de esas finalidades (la liberación total del hombre), que imponen la negación y superación de lo inmediato enajenado, en tanto obstáculo al cumplimiento de aquellas finalidades.

Analizaremos ahora todas estas políticas en relación a sus distintos enfoques del problema de la necesidad de una dirección revolucionaria, primer momento dialéctico que debe contemplar una correcta estrategia revolucionaria, y lo haremos sin perder de vista su interacción con los otros momentos (realización de tareas democrático-burguesas y unidad socialista de América Latina), como así también las condiciones, arriba establecidas, que esa dirección debe llenar.

7. Guerrillerismo y aventurerismo insurreccional

Tanto el guerrillerismo como el sectarismo, el aventurerismo insurreccional y el oportunismo, pese a su apariencia antitética, se hallan interrelacionados, presentando grandes coincidencias, derivadas, en muchos casos, de un común punto de partida. Esto explica la facilidad y frecuencia con que, por ejemplo, los distintos grupos pasan del sectarismo más cerrado al más abierto oportunismo y viceversa; explicando, también, la simultánea convivencia en la política de un mismo grupo, de posiciones sectarias con otras decididamente oportunistas.

Resulta innecesario demostrar las vinculaciones estrechas entre el guerrillerismo y el aventurerismo insurreccional, vinculaciones tan estrechas que en la actualidad forman prácticamente un todo único (nosotros mantendremos, no obstante, la diferenciación, para facilitar el análisis). A pesar de la existencia en el guerrillerismo de una base ideológica mecánicamente interpretada y de una estrategia artificialmente trasladada a una realidad que no corresponde a ella, mientras que el aventurerismo insurreccional resulta de una apreciación estrechamente empírica de la realidad, sin base ideológica, ni estrategia elaborada, a pesar de esos distintos orígenes, repetimos, ambas tendencias no sólo coinciden en sus métodos de acción, sino que también se amalgaman en los hechos, actuando muchas veces sus ejecutores en un mismo conglomerado. Así, individuos y grupos de extracción "izquierdista" cipaya coinciden, políticamente y en la práctica, con otros de extracción "nacionalista" de derecha, pese a que los primeros llegaron a esa posición por el trasplante mecánico de esquemas estratégicos ajenos, y los segundos, a través de una política cerradamente empírica.

Hay, sin embargo, entre ambos, una ligazón de clase que, en última instancia, determina su confluencia en una política común pese a las diferencias ideológicas que pudieran persistir. Dicha ligazón es la extracción pequeñoburguesa de estos grupos, no superada por una auténtica conciencia revolucionaria.

Tanto el guerrillerismo como el aventurerismo insurreccional son una consecuencia del fracaso de todas las otras políticas ensayadas, por la izquierda y por el peronismo, para dar una salida revolucionaria. El carácter sectario y/o oportunista de las políticas de izquierda y el carácter nacional-burgués y burocrático de la dirección política y sindical peronista, al no posibilitar esa salida revolucionaria, impulsan, en las condiciones actuales de crisis extrema, a algunos sectores de la pequeño-burguesía, a manifestaciones y actitudes desesperadas que convergen en el guerrillerismo, terrorismo, etc. Estas manifestaciones poseen, por lo tanto, una naturaleza resultante y circunstancial, de ahí lo esporádico y efímero de sus intentos.

Además, esa naturaleza resultante no lo es por reacción total a las políticas sectarias y oportunistas, sino que más bien constituye una prolongación extrema de ellas. Ni el guerrillerismo, ni el aventurerismo insurreccional, abandonan por completo los rasgos sectarios y oportunistas que entorpecen la aparición de una auténtica dirección revolucionaria en nuestro país. Las mismas características irracionales, aventureristas y puramente emotivas, que les dan origen, los inhiben para una seria crítica de esos rasgos negativos, crítica que, por otro lado, los llevaría a la adopción de una política más constructivamente revolucionaria.

Así, en su aislamiento total de las masas, implícito en el mismo carácter de su accionar, el guerrillerismo, terrorismo, etc., configuran un grado extremo de sectarismo. Y así también, por su exaltación fetichista, puramente irracional y emotiva, de Perón como líder carismático —sea cual fuere la política real de Perón—, el aventurerismo terrorista e insurreccional constituye una manifestación extremista del oportunismo, que interfiere en la auténtica transformación revolucionaria del peronismo y que, inevitablemente, termina siendo utilizado por la dirección nacional-burguesa de éste como mero factor de presión y amenaza en sus negociaciones. De este modo, por encima de los distintos orígenes ideológicos de los sostenedores de la política guerrillera y del terrorismo y aventurerismo insurreccional, en su gestión conjunta participan, indistintamente, tanto del sectarismo como del oportunismo.

En la Argentina, en determinadas circunstancias —que no son las dadas hasta el momento—, *habiéndole alcanzado el proceso un grado muy avanzado de desarrollo*, podría ser que el guerrillerismo y el terrorismo llegaran a constituir un factor *coadyuvante* de relativa importancia (aunque en el caso del guerrillerismo, dadas las características generales, de toda índole, de nuestro país, esto mismo lo consideramos altamente improbable), pero eso siempre y cuando se hallen engarzados en un plan general de acción y sobre la base de la *previa* existencia de una organización revolucionaria *efectivamente ligada a las masas* (cosas ambas sin las cuales resulta imposible llegar a aquel grado muy avanzado de desarrollo del proceso).

Por eso, la acción aislada, desconectada de las bases y sin organización, debe ser enjuiciada en forma categórica, por el desgaste, desmoralización y aniquilamiento estéril de militantes que suele ser su secuela, y por el carácter de provocación inútil que objetivamente puede llegar a adquirir.

Toda política que erija, en nuestro país, como eje central de su acción al terrorismo y al guerrillerismo, supeditando a ellos las otras formas de lucha política revolucionaria y las necesidades objetivas del proceso, no puede menos que presentarse como una actitud diversionista tendiente a apartar a sectores combativos de la pequeñoburguesía del trabajo serio, político y organizativo, en el seno de las masas por el surgimiento de una auténtica dirección revolucionaria.

8. Guerrillerismo

La supeditación a esquemas estratégicos importados, extraños a las características particulares de nuestra realidad, su trasplante mecánico, origina en los grupos de izquierda partidarios del guerrillerismo como vía hacia la creación de una vanguardia revolucionaria capaz de tomar el poder, una subestimación del hecho de la existencia en nuestro país de una numerosa clase obrera, con un elevado grado de concentración y que, por su importancia en el engranaje productivo, constituye el único y verdadero motor de la revolución.

En su esquema estratégico reemplazan al proletariado industrial, como elemento activo y primordial del proceso, por un campesinado potencialmente revolucionario casi inexistente en nuestra realidad, ya que ni siquiera en el Noroeste y Norte argentinos cabe hablar de un campesinado al referirnos a esos elementos activos y primordiales, sino, más bien, de proletariado rural y semirural, concentrado en las industrias azucarera, yerbatera, etc., y sindicalmente organizado. De existir un campesinado con las características pretendidas, su peso social es tan ínfimo que no justifica en lo más mínimo el erigirlo en protagonista principal del proceso revolucionario en nuestro país. Ese campesinado realmente existe en otros países de América Latina y otras regiones del mundo colonial y semicolonial, y su papel revolucionario principal en esas regiones deriva de la importancia que en ellas tiene dentro del mecanismo productivo, por el imperio de modos de producción y relaciones sociales semifeudales que aún perduran y por la inexistencia de un proletariado industrial suficientemente desarrollado y más importante socialmente.

La mayor homogeneidad de nuestro desarrollo en relación con otras regiones del mundo semicolonial, y la estructura capitalista de la parte más extensa y más importante de nuestro agro, sumado a las peculiaridades geográficas de la zona más densamente poblada y de mayor importancia en la economía general del país, determinan la casi inexistencia de ese campesinado en el cual se basa la política guerrillera; determina también el carácter no revolucionario, en nuestro país, de consignas como "reforma agraria" que constituyen el motor movilizador de ese campesinado en otras zonas, y la validez, en cambio, de la consigna de *revolucion agraria*, que corresponde a un grado superior de desarrollo explícitamente citado en la presencia de un proletariado rural, y determina, por último,

la esterilidad de toda acción guerrillera no ligada a una *previa organización revolucionaria de masas*.

De ahí derivan los errores de esta política, que pretende erigir una dirección revolucionaria sobre la base de la acción guerrillera, cuando en nuestro país, la existencia previa de dicha dirección sería lo único que podría dar algún sentido a esa acción (y esto en el muy dudoso caso de que tal acción llegue alguna vez, en nuestra realidad, a justificarse).

La ignorancia del papel principal del proletariado industrial —especialmente el proletariado urbano, por su mayor concentración y conciencia de clase—, derivada de los éxitos revolucionarios en Cuba, China, Argelia, etc. (países en los cuales las masas campesinas constituyeron la mayoría combatiente), y el trasplante mecánico de las tácticas y estrategia revolucionarias válidas en esos países pero inadecuadas al nuestro, origina la subestimación del neto contenido de clase proletario necesario a la dirección revolucionaria en la Argentina, configurando el carácter pequeño burgués de la política guerrillera y explicando la casi exclusiva extracción pequeñoburguesa de los grupos que la patrocinan. Desgraciadamente, origina, también, la inútil inmolación de jóvenes militantes.

En otros casos, los partidarios del guerrillerismo justifican dicha política asignándole —igualmente que al terrorismo— tan sólo un papel desencadenante de la movilización obrera, reconociendo la falta de perspectivas propias que esa política pueda tener. Sin embargo, toda la historia del movimiento obrero mundial, rica en heroicos levantamientos parciales rápidamente sofocados sin que produjeran el más mínimo movimiento en las masas, demuestra que para desencadenar una movilización revolucionaria no basta con dar el ejemplo si ese ejemplo no corresponde a las aspiraciones y necesidades *inmediatas* de las masas o a un estado de conciencia más o menos generalizado. Con lo cual se hace evidente la *prioridad* indiscutible, en nuestro país, de los problemas relativos a la necesidad de una dirección obrera revolucionaria de masas, capaz de incrementar las potenciales aspiraciones revolucionarias de la clase obrera y de elevar su autoconciencia histórica; se hace evidente, también, la prioridad de los problemas relativos a la necesidad de terminar con la actual dirección burguesa y burocrática del peronismo obrero; y, antes que nada, se hace evidente la prioridad de los problemas relativos al trabajo político revolucionario en las bases, para possibilitar el desplazamiento de esa dirección actual y la aparición de aquella dirección revolucionaria.

Pese a la autodefinición marxista de la mayor parte de los partidarios del guerrillerismo, el trasplante mecánico de una estrategia ajena e inadecuada y su incorrecta apreciación de las características particulares de la realidad y sus necesidades, demuestran la endeblez de sus posiciones teóricas y su no marxismo real.

Las mismas razones determinan la no viabilidad de su política, trascendida en su impotencia para prender en las masas y extenderse, transformándose en vanguardia directiva del proceso —tal como, por ejemplo, sucedió en Cuba—, pese a la evidente simpatía de éstas por los militantes sacrificados, y pese, también, a la publicidad otorgada por la prensa reaccionaria y los agentes del imperialismo a los brotes guerrilleros, exagerando su real importancia, como una manera eficaz de justificar una

ventura, reacción violenta e intensiva del movimiento revolucionario en general.

El contenido pequenoburgués de esta política, la extracción pequenoburguesa de casi todos sus partidarios, su inadecuación a las condiciones reales del país, su debilidad ideológica y su aislamiento de las masas, demuestran que tal política no resulta de una mayor autoconciencia histórica —orientada en ese sentido— de la clase obrera, y determinan la impotencia de estos grupos para promover e impulsar el desarrollo efectivo de esa autoconciencia.

9. Terrorismo y aventurismo insurreccional

El menosprecio por la teoría y el empirismo practicista de los grupos peronistas embarcados en el terrorismo y el aventurismo insurreccional los ha llevado a no plantearse el problema del contenido de clase de la dirección revolucionaria, aceptando, de hecho, como tal a la dirección nacional-burguesa del peronismo, y, por esta vía, han terminado siempre en el sacrificio estéril, siendo utilizados como mero factor de presión por esa dirección nacional-burguesa, en sus negociaciones políticas.

No han constituido, por lo tanto, grupos con real vocación de vanguardia directiva, por lo que no han efectuado replanteos críticos de fondo del movimiento peronista, manteniéndose en la ambigüedad ideológica que caracteriza a éste y compartiendo de hecho (aunque generalmente en forma tácita), salvo escasas excepciones y a pesar de estar actuando objetivamente desde la izquierda del movimiento, los prejuicios antimarxistas, derivados de la confusión entre el marxismo y la "izquierda" cipaya, que la dirección política burguesa y la burocracia sindical del peronismo tratan a toda costa de mantener.

Todas estas circunstancias han fijado límites estrechos a su accionar y a su gravitación sobre las masas.

10. Sectarismo y oportunismo

Las actitudes sectarias y las actitudes oportunistas actuales no constituyen novedades dentro de la política argentina de izquierda, sino que, más bien, son una prolongación de los vicios y errores de la vieja "izquierda", habiéndose gestado por una reacción extrema a los opuestos existentes en aquélla, tanto como en oposición mutua. Así, las actitudes oportunistas hacia la burguesía industrial "nacional" constituyen manifestaciones desvirtuadas de una lícita y justificada reacción contra el sectarismo verbalmente "antiburgués" y antiperonista —en los hechos oportunismo proimperialista— de la vieja "izquierda" y contra las supervivencias actuales. Y esas supervivencias sectarias actuales se han gestado, a su vez, reaccionando contra el oportunismo hacia la oligarquía y el imperialismo de aquella "izquierda" —pero conservando su antiperonismo orgánico— y también como reacción extrema contra el actual oportunismo hacia la burguesía industrial, sin comprender que ese carácter extremo de su reacción (o comprendiéndolo, ya que en algunos casos ese extremismo "antiburgués" sigue siendo la máscara de un oportunismo proimperialista), al impedir una visión correcta del proceso real, lleva, objetivamente, a servir los intereses que se dicen combatir.

Entre las actitudes sectarias y las oportunistas, pese a su apariencia antitética, existen profundas ligazones y coincidencias, derivadas en ambas de una incorrecta por parcial aproximación a la realidad, fundada, en unos casos, en el esquematismo abstracto y dogmático, y en otros, en un empirismo simplista. Así, por ejemplo, si el sectario ultraizquierdista deduce del carácter burgués de la dirección peronista la negatividad absoluta del peronismo en general, ignorando de hecho la presencia en él de la clase obrera (cuando no calumniándola) y la cambiante significación histórica del movimiento, por su parte, el oportunista deduce de esa presencia obrera y del gigantesco paso adelante que significó el peronismo en sus comienzos, su positividad también absoluta, ignorando, precisamente, el carácter burgués de su dirección.

Ambas actitudes parten, por lo tanto, de una parcialización de la realidad, de una visión no integral de ella, y, lo que es aún más grave, de una visión estática, no dialéctica, pues el sectario ultraizquierdista supone, o actúa como si lo supusiera, que es lo mismo, que el peronismo ha sido, es y será siempre un movimiento burgués, ignorando sus orígenes y su eventual derivación futura, mientras que el oportunista supone, o también actúa como si lo supusiera, que la clase obrera será siempre peronista, sea cual fuere la política de la dirección del movimiento y las circunstancias generales del país. De ahí deriva su permanente justificación de esa política y sus cabriolas teóricas e interpretaciones retorcidas de maniobras políticas decididamente negativas, ejecutadas por Perón, para prestarles un sentido revolucionario que no tienen. De ahí deriva, también, su sometimiento objetivo⁵ a los mitos y fetiches del peronismo, sea cual fuere la cambiante significación que éstos tengan en cada momento del proceso, y, por último, de ahí deriva, precisamente, su oportunismo hacia la burguesía "nacional" y las políticas "entristas", "seguidistas", etc., con que ese oportunismo se expresa.

La actitud sectaria prolonga, en las nuevas circunstancias, algunas de las más nefastas características de la "izquierda" tradicional. Tal, por ejemplo, su incomprendión y desarraigo de nuestra realidad, su carácter pequeñoburgués —por el modo de enfocar los problemas y por los sectores sociales en que se desarrolla y a los que fundamentalmente se dirige—, y su propensión a adoptar, en forma rígida y mecánica, es decir, dogmática, esquemas generales, elaborados en función de otras realidades ajenas a la nuestra. En esta forma, el sectario ultraizquierdista acierta por boca de Marx, Engels, Lenin o Trotsky en el plano de las verdades teóricas más generales, pero falla lamentablemente en la aplicación práctica de esas verdades a la realidad concreta en que se mueve.

El oportunista, por su parte, aún acertando, algunas veces, en la apreciación teórica general de las características de nuestro proceso revolucionario, falla también lamentablemente en el plano de las realidades prácticas, al reemplazar, en la acción, el marxismo por el empirismo, la política revolucionaria de los fines por la política burguesa de los medios, la lucha desde abajo en pro de una auténtica dirección

⁵ No interesan aquí las íntimas convicciones —sólo expresadas en rueda de amigos—, interesan sus manifestaciones públicas y su acción concreta.

Precisamente esa escisión entre su pensamiento íntimo y su acción concreta constituye uno de los rasgos destacados del oportunista.

obrera por el "trepar", tomando "manijas", para después organizar esa dirección desde arriba. Sólo que nunca llegan arriba. Y si llegan es a costa de olvidar por el camino las finalidades revolucionarias. Pues si el fin justifica los medios, los medios también condicionan el fin, y el compromiso directo o indirecto con la burguesía "nacional" como medio de llegar a una finalidad revolucionaria no puede menos que comprometer, también con la burguesía "nacional", a esa finalidad anulándola como revolucionaria.

Es importante recalcar que la actitud sectaria y la actitud oportunista no se excluyen la una a la otra en la política general de los distintos individuos y grupos. Dicha política posee, por lo común, un carácter híbrido, en el cual coexisten, simultánea o alternativamente, actitudes sectarias y actitudes oportunistas. En algunos casos, una fachada sectaria encubre una política oportunista, y el ejercicio de esa política oportunista se realiza a través de posiciones sectarias. Se comienza, por ejemplo, atacando a la burguesía "nacional" por su real dependencia del imperialismo yanqui, para terminar haciéndole el juego mediante la elaboración de posiciones indirectamente pro-yanquis. En otros, se constituyen pequeños partidos y agrupaciones con características de sectas, sin que por eso la política general del grupo deje de ser esencialmente oportunista. Tal el caso de los grupos de izquierda que desde fuera del peronismo practican directamente el "seguidismo" hacia la burguesía "nacional", o de quienes lo practican indirectamente haciendo ese "seguidismo" con la dirección peronista. Otras veces el oportunismo más descarado encubre posiciones sectarias. Se hace oportunismo sin dejar de constituir una secta. Tal el caso de los grupos de izquierda que practican el "entrismo" en el peronismo. Es decir que, tanto en los grupos como en los individuos que actúan aisladamente, el oportunismo suele hacerse sectario sin dejar de ser oportunismo y, viceversa, el sectarismo suele hacerse oportunista sin dejar de ser sectario, y esto no constituye una excepción, sino que, en la política argentina, es más bien la regla. De ahí que nosotros, el análisis de las posiciones respecto a los problemas que plantea la creación de una dirección obrera revolucionaria, en vez de realizarlo a partir de la política de cada grupo determinado, lo hacemos en función de las actitudes, oportunistas y/o sectarias, que prevalecen en nuestro ámbito y sin tener en cuenta los grupos e individuos que las asumen. No nos interesa, en este trabajo, el descalificar personas, sino criticar políticas que consideramos negativas. Algunos de los individuos y grupos que desarrollan esas políticas han realizado, no obstante, importantes aportes en el campo ideológico revolucionario. Nosotros nos limitamos, pues, a criticar aspectos negativos de las políticas ensayadas, prescindiendo de toda personalización por considerarla momentáneamente innecesaria.

11. Soluciones oportunistas y/o sectarias

Hemos fijado como primera condición de una auténtica dirección revolucionaria la de su contenido de clase netamente proletario, del cual necesariamente derivaría la segunda condición: su carácter marxista. Pero hemos visto también que el papel realmente directivo de esa dirección sólo puede emanar de su eficaz fusión con la clase obrera, lo que, a su vez, constituye la tercera condición. Ahora bien, tal fusión no puede

derivar más que de una elevación de la autoconciencia de la clase obrera promovida por su acceso a las verdades revolucionarias principales, y esto sólo podrá producirse por la constante acción teórico-práctica, en el mismo seno de la lucha obrera, de los militantes interesados en impulsar el proceso revolucionario y caracterizados por su mayor conciencia de las necesidades de ese proceso, conciencia que sólo puede dar el pleno dominio de la metodología marxista.

Esos militantes, intérpretes y ejecutores de los intereses fundamentales de la clase obrera, habrán de constituir la auténtica vanguardia revolucionaria, y ésta no podrá concretarse más que por la positividad de la acción de ellos en la elevación de la autoconciencia de esa clase obrera.

La "izquierda" tradicional —"socialistas" y "comunistas"—, por sus características reformistas, amarillas, antinacionales, etc., ha demostrado ya sobradamente su impotencia y negatividad en la promoción de la autoconciencia obrera.

Veamos, entonces, y teniendo en cuenta todas las condiciones apuntadas, en qué forma los otros sectores que se titulan marxistas han intentado e intentan solucionar el problema de la dirección obrera.

En realidad, la mayoría de las soluciones propuestas no hacen más que replantear el problema en otros términos, sin solucionar absolutamente nada y, muchas veces, agravándolo. Tanto las posiciones sectarias como las posiciones oportunistas poseen, al respecto, esa característica en común. Derivando de ella, precisamente, lo principal de la negatividad revolucionaria del sectarismo y del oportunismo.

12. El partido

Una de esas soluciones propuestas es la del partido revolucionario. Si por tal se entiende la organización de las masas bajo la dirección de su vanguardia revolucionaria, naturalmente no hay nada que objetar. Pero, basta con que nos preguntemos ¿cómo se gesta ese partido realmente revolucionario?, es decir, ¿cómo se produce esa estrecha ligazón de las masas con su vanguardia y cómo se gesta dicha vanguardia?, para apercibirnos de que esa solución del partido, en sí, como solución, no soluciona nada, ya que lo único que se hace es dar como solución lo que precisamente constituye el problema. Sin embargo, este modo de encarar el problema de la dirección obrera puede tener implicaciones sumamente negativas.

En primer lugar, si bien es un principio inamovible de la teoría revolucionaria el que sin una organización efectiva de los trabajadores bajo la dirección de su vanguardia es imposible tomar el poder con finalidades revolucionarias y conservarlo, también es cierto que dicha organización no siempre tuvo las formas de partido. Con sólo echar un vistazo a las últimas revoluciones producidas en el mundo colonial y semicolonial podremos confirmarlo.

De modo que proponer de antemano esa forma, y *sin que la realice*, *concreta demuestre todavía que ésa es la forma más adecuada en su caso particular, el de la Argentina*, constituye una suposición que restringe las posibilidades de acción, pudiendo muy bien operar como elemento entorpecedor o esterilizante.

Muchas veces el partido se constituyó con posterioridad a la toma del poder por la vanguardia y, aún en los casos en que el partido existía como organización previa, lo que posibilitó la toma del poder no fue el hecho en sí de su existencia legal como partido, sino, más bien, las circunstancias negadoras de su carácter como tal (ilegalidad, represión, etcétera), que lo obligaron a actuar como simple organización revolucionaria clandestina y no como partido.

Ninguno de los partidos obreros, desde la socialdemocracia alemana, hasta los actuales Partidos Comunistas y Partidos Socialistas, tomó jamás el poder actuando en carácter de partido. Más bien podría decirse que ese carácter constituyó, casi siempre, un elemento burocratizante, frenador de las posibilidades revolucionarias de las masas por ellos aglutinadas; y esto tanto más así, cuanto más poderosos —numéricamente como por las posiciones alcanzadas en la sociedad capitalista— eran y son esos partidos.

Porque conviene destacar, y esto no es negado por nuestros sostenedores del partido como única forma de organización de las masas, que *dicha forma implica, de por sí, la vocación electoralista*, y, por lo tanto, la aceptación desde un principio de las reglas de juego impuestas por la burguesía, lo cual significa, además del peligro implícito en las tentaciones parlamentaristas, la adecuación inicial de toda la organización a las condiciones establecidas por su inserción en el engranaje legal burgués, relegando a un segundo plano o abandonando totalmente la actividad organizativa tendiente a la toma revolucionaria del poder; es decir, no por la vía electoral, sino por la vía de la movilización de masas.

Esto no quiere decir que un movimiento revolucionario deba desechar “a priori” la posibilidad de intervenir en algún momento en un proceso electoral. En determinadas circunstancias esa intervención puede de resultar *tácticamente* aconsejable. Pero, para que tal cosa suceda deben existir ciertas condiciones que neutralicen de modo claro y sin lugar a dudas los peligros del parlamentarismo y que garanticen el no abandono de los objetivos revolucionarios. Esas condiciones son: 1º) que el movimiento sea realmente un movimiento de masas; 2º) que las bases obreras del movimiento tengan una activa y directa participación en su dirección, y 3º) que la dirección del movimiento sea una dirección cuya intransigencia revolucionaria frente al régimen burgués sea incuestionable. Sólo existiendo estas condiciones podrá tenerse la seguridad de que la intervención en el proceso electoral y la gestión parlamentaria constituyan únicamente medios tácticos *transitorios*, que en nada alteran la organización con fines revolucionarios del movimiento.

Resulta evidente que un partido en gestación y sin tradición de lucha no puede reunir esas condiciones. En el caso de que decida participar en el proceso electoral, su propia debilidad inicial le impone una adecuación de toda su organización a las condiciones exigidas por el orden establecido, y esta adecuación inicial tiende inevitablemente a modificar la naturaleza de los fines revolucionarios que motivaron su creación. No otro es el proceso que, en parte, determinó las sistemáticas traiciones de los distintos partidos socialdemócratas, “comunistas” y “socialistas” en casi todos los países del mundo. En el proceso de crecimiento, cuando llegaron a constituir realmente partidos de masa, habían perdido por

completo sus aristas revolucionarias en años y años de desgaste parlamentarista, encontrándose totalmente integrados al orden burgués. *La institucionalización de un partido obrero constituye el mejor medio de que disponen las clases dominantes para neutralizarlo.*

Nos referimos, naturalmente, a las organizaciones obreras con vocación de vanguardia revolucionaria. Distinta es la situación que se plantea en casos, como el del peronismo, de una dirección burguesa y burocrática con base obrera. En estos casos, lo fundamental es el desplazamiento o transformación revolucionaria de esa dirección, y el apoyo o rechazo de la concurrencia o no a elecciones de dichos movimientos debe sopesarse desde el punto de vista táctico de si favorece dicha transformación o si, por el contrario, tiende a fortalecer en la dirección a los sectores burgueses y burocráticos. Así, según como se planteen las cosas en cada coyuntura electoral, y contemplando todas las posibilidades existentes a la luz de ese objetivo fundamental, será la actitud que deba adoptar la militancia revolucionaria.

En las actuales circunstancias políticas de nuestro país, con una clase obrera de hecho unificada en el peronismo, pero bajo una dirección nacional-burguesa, la tarea principal consiste, entonces, en promover la toma de conciencia revolucionaria de esa clase obrera, superando los lastres nacional-burgueses del peronismo e impulsando el surgimiento de una auténtica dirección revolucionaria en el seno mismo de esa clase. La organización que resulte de ello podrá o no llamarse partido, eso depende de factores imprevisibles. Lo importante es que constituya una organización realmente revolucionaria, y esto significa que no será un partido en el sentido clásico que esta palabra tiene en la sociedad burguesa. Es decir que no se gestará como un apéndice del orden republicano “democrático” burgués, sino como una organización directamente enfocada a la destrucción de dicho orden.

Por lo tanto, en las condiciones nuestras, de unidad de hecho de la clase obrera, la tarea no consiste en que, al margen de ella, un grupo de intelectuales y estudiantes pequeñoburgueses se constituyan en partido, autocalificándose de vanguardia obrera, para luego esperar su reconocimiento como tal y tratando de crecer a expensas del rompimiento de aquella unidad (nos referimos a la unidad de los trabajadores entre sí, no a la unidad con los burocratas), sino que la organización revolucionaria habrá de concretarse por la acción de quienes, en el seno mismo de la clase obrera, no al margen de ella, vayan realizando las tareas organizativas y de esclarecimiento necesarias. Y esa organización adoptará las formas que sean más convenientes a los fines de la revolución, formas que serán determinadas por la realidad concreta y viva y las peculiaridades del proceso en nuestro país.

La unidad de la clase obrera en el peronismo constituye un hecho objetivo cuya positividad o negatividad debe medirse y juzgarse en relación con las circunstancias políticas concretas y no en función de apreciaciones generales y abstractas.

Mal que les pese a los viejos y nuevos “cazadores de obreros”, que en su solitaria desesperación pequeñoburguesa ven lo positivo como negativo, es precisamente esa unidad de la clase obrera en el peronismo —y a pesar de su dirección burguesa y burocrática— lo que ha mante-

nido y mantiene la siempre renovada crisis de poder en que vive el país, determinando el que ningún sector de las clases dominantes logre estabilizarse totalmente en el gobierno, aplastando por un período más o menos largo a una clase obrera atomizada y sin capacidad de resistencia y descargando sobre ella en forma definitiva, sin exponerse a sobresaltos, los efectos de la crisis económica.

Es esa unidad lo que impide que el peronismo se haga políticamente digerible para el imperialismo y sus lacayos nativos, manteniéndose su proscripción y su potencialidad revolucionaria, a pesar de la dirección burguesa y burocrática del movimiento, que sólo aspira a insertarlo legalmente y en forma estable en el régimen. Y como esa potencialidad revolucionaria del peronismo *es la única que existe en términos inmediatos*, pues no hay otra, es esa unidad, entonces, lo que mantiene latentes las posibilidades revolucionarias actuales (ya sea mediante una efectiva lucha por el retorno de Perón; ya sea mediante la lucha por mejorar las deterioradas condiciones de vida de los trabajadores; o por ambas).

No existiendo aún, ni dentro ni fuera del peronismo, una poderosa tendencia revolucionaria que sea la superación de éste, el rompimiento de la unidad de los trabajadores no significa otra cosa que la *atomización* del movimiento obrero y un respiro tonificante para la oligarquía, la burguesía "nacional" y el imperialismo. Eso es claramente intuido por el proletariado —que, por otro lado, cada vez se hace menos ilusiones respecto a la dirección peronista—, impulsándolo a mantener su unidad en el peronismo. Tal cosa, lejos de ser algo negativo, constituyó hasta el momento lo que impidió e impide una derrota definitiva, postergadora, por un largo período, de las posibilidades revolucionarias; constituye, además; un signo apreciable de elevada conciencia de clase.

La unidad de la clase obrera argentina, a pesar del carácter de su dirección, es, entonces, un hecho político objetivamente positivo. La ruptura de esa unidad, en estos momentos, sólo podría tener un sentido *atomizante* que implicaría el fortalecimiento de la reacción y, por lo tanto, un retroceso en el proceso revolucionario de nuestro país.

Una auténtica dirección revolucionaria no puede emerger sobre la base de un tal retroceso, cual sería la *atomización* del movimiento obrero, sino como un avance sobre lo positivo ya existente, superando lo negativo restante (la actual dirección burguesa). Ello significa que, *en este momento, el contenido real, concreto, de la unidad obrera en la Argentina es altamente positivo desde un punto de vista revolucionario*.

Se trata, entonces, de modificar cualitativamente su dirección sin destruir lo único que actualmente mantiene latentes las posibilidades revolucionarias. Esa modificación cualitativa puede implicar una división, pero no del movimiento obrero, sino de éste por un lado, y los elementos corrompidos de la burocracia sindical y los políticos burgueses por el otro, siendo ésta la única división positiva y deseable. La proliferación de pequeños partidos, constituidos sobre la base de un supuesto y esperado resquebrajamiento de la unidad obrera, que les permita, a cada uno de ellos, beneficiarse numéricamente, tiende, objetivamente, a posibilitar la atomización del movimiento obrero, ante el des prestigio creciente

de su actual dirección, y no, como es de desear, a una modificación cualitativa de esa dirección, en el marco del mantenimiento de la unidad obrera que, por otra parte, es lo único que sostiene actualmente la capacidad de resistencia de la clase obrera frente a la reacción.

Los intentos de crear una dirección revolucionaria bajo la forma de partido, prescindiendo, en los hechos, de la clase obrera y sin que eso surja como una necesidad intrínseca del proceso en el seno de esa clase, o, lo que es lo mismo, el carácter prematuro de tales intentos, lejos de impulsar la conciencia revolucionaria de las masas, muchas veces interfiere negativamente en ello al encauzar la acción de esos partidos por las sendas del sectarismo y el oportunismo. Su mismo aislamiento inicial frente a una clase obrera ubicada en bloque en el peronismo determina el carácter pequeño burgués de su clientela e impulsa, según los casos, a la adopción de distintas actitudes igualmente negativas.

Por un lado, impulsa a la autojustificación de ese aislamiento encerrándose en un sectarismo ultraizquierdista que, desde las alturas de su "pureza marxista y revolucionaria", lanza una serie de consignas y fórmulas abstractas, vacías de contenido y desvinculadas del proceso real y de la también real, objetiva, situación actual y grado de conciencia de las masas. Para este sectarismo ultraizquierdista —que se da igualmente en grupos aislados que todavía no llegaron a constituirse en partido— el peronismo no es un resultado histórico, por lo tanto vivo y contradictorio, sino un ente de negatividad absoluta desde sus mismos orígenes. Una lamentable equivocación de las masas (en lo cual coinciden, como se ve, con la "izquierda" tradicional), cuando no una amarga prueba de su pasividad rebañega de la que poco y nada cabe esperar por el momento. La única solución estaría en que ellas renegaran de todo su pasado y aceptaran la dirección de su "verdadera vanguardia", ingresando en su "auténtico partido", que, naturalmente, es o sería el de cada uno de los diversos grupos que proponen esta solución. Lamentablemente las masas no tienen ni el interés en comprobar si ese partido propuesto es o sería realmente su vanguardia, ni la oportunidad de hacerlo, y el sectarismo ultraizquierdista actúa, objetivamente, como si hiciera todo lo posible por no modificar tal situación. El resultado es bastante pobre, pero se compensa con la tranquilidad de conciencia que da el sentirse un "revolucionario puro" y/o estar en el "auténtico partido revolucionario". Permanentemente se lanzan consignas de "pureza" revolucionaria inobjetable (aunque a veces no tanta). Claro que las consignas sólo tienen valor cuando existe una fuerza capaz de hacerlas cumplir, y para ello deben responder a las necesidades objetivas, sentimientos reales y conciencia, imperantes en las masas; de lo contrario son abstractas y no sirven. Y como no se hace absolutamente nada positivo por crear en los trabajadores esas necesidades revolucionarias, impulsar esos sentimientos revolucionarios y elevar esa conciencia revolucionaria, todo termina en un entretenido, que sí inoperante, juego de frases huecas.

Sin embargo, este sectarismo ultraizquierdista, en su misma esterilidad, al cerrarse a una comprensión dialéctica del fenómeno peronista y al no modificar en un ápice la situación y el grado de conciencia de las masas, se transforma, objetivamente, en oportunismo hacia las clases dominantes y el imperialismo.

Otras veces, el aislamiento respecto a la clase obrera —que, como ya dijimos, poco y nada se hace por solucionar, centrando principalmente la acción en la pequeñoburguesía estudiantil— de estos grupos erigidos en partido, impulsa a la adopción de una política “seguidista” de los vaivenes de la dirección peronista, en un supremo intento por captarse la simpatía de las bases. De este modo se desemboca indirectamente en el oportunismo hacia la burguesía “nacional”.

Y finalmente, en otros casos, el partido no es más que la fachada sectaria de una política oportunista que conscientemente se margina de la clase obrera, preparándose para constituirse en “apoyo de izquierda”, “seguidista” de cualquier eventual gobierno “nacional” burgués, cumpliendo en lo posible con los afanes electoralistas de alguna banca parlamentaria.

Lo cierto es que todos los partidos y casi todos los grupos de izquierda que actúan fuera del peronismo, de un modo o de otro, al orientarse por las vías del sectarismo y/o el oportunismo, poco y nada hacen por solucionar el problema de la aparición de una auténtica dirección revolucionaria. Ya veremos que tampoco la política de los grupos e individuos de izquierda que actúan dentro del peronismo es muy constructiva en ese sentido.

Unos y otros, fuera o dentro del peronismo, renuncian, objetivamente y de antemano a erigirse en vanguardia lúcida de la clase obrera. En algunos casos encerrándose en un sectario, abstracto y esquemático “principismo”, más o menos “científicista” según los grupos. En otros casos subordinando en forma oportunista la finalidad estratégica a ciertas eventualidades que, en caso de darse, sólo se justificaría encararlas con criterio táctico. Así, por ejemplo, se *supone* que tal o cual sector del ejército está o estará en condiciones de tomar el poder e iniciar una política nacional con apoyo obrero; o se supone que tal o cual burócrata sindical, o tal o cual dirigente político peronista, es susceptible de adoptar posiciones revolucionarias y llevar adelante la revolución. Eso significaría la aparición de una dirección revolucionaria, o la transformación en revolucionaria de la actual dirección burguesa y burocrática. En base a estas *suposiciones* se estructura toda la “estrategia” a seguir, renunciando así a trabajar por lo único que garantiza plenamente el avance revolucionario, por lo único que no es una mera suposición: la existencia de una dirección obrera independiente.

El que determinado “figurón”, militar, político o sindical, pueda llegar a adoptar una política correcta, galvanizar a las masas en torno suyo e impulsar el proceso revolucionario, es algo que está dentro de la infinita gama de posibilidades y resultaría aventurado el negarlo categóricamente. Pero una estrategia revolucionaria no puede erigirse sobre la base de esa posibilidad. Una estrategia revolucionaria no puede negar que ella se realice, pero *no debe contar de antemano con que así será*. Una estrategia revolucionaria sólo puede elaborarse en función de los fines y no de medios eventuales. El fin inmediato es la creación, a partir de las bases, de la vanguardia obrera revolucionaria; no hay otro, y para su realización hay que trabajar de la manera más directa y segura. Hacer otra cosa equivale a caer, consciente o inconscientemente, en el oportunismo. Ese trabajo, y sólo él, es, además, lo que permitirá adoptar

posiciones tácticas correctas, valorando objetivamente los acontecimientos y ubicándose revolucionariamente ante cualquier situación imprevista, ya que constituye la única garantía de no perder de vista las finalidades estratégicas fundamentales, naufragando en la maraña de los puros medios.

El resto de las “soluciones” al problema de la aparición de una dirección revolucionaria, que pasamos a analizar, se encuadra, en líneas generales, dentro del esquema que acabamos de criticar.

13. Ejército y peronismo

En efecto, las restantes “soluciones” —compartidas también, sin que haya contradicción, por los partidos embarcados en el “seguidismo”— conservan la característica de no solucionar nada.

Todas ellas se fundan en una apreciación meramente empírica y estática de las fuerzas actuantes en nuestra realidad, y todas ellas desembocan inexorablemente en el oportunismo hacia la burguesía industrial “nacional”.

La carencia de una estrategia que contemple los requisitos necesarios a la profundización del proceso revolucionario, y el convencimiento empírico de que las únicas salidas posibles sólo pueden venir de una conjunción de las fuerzas actuales, *tal como ellas están constituidas* y sin la existencia de esos requisitos previos —entre ellos la dirección obrera independiente— lleva a centrar todas las esperanzas, en forma incondicional, en la conjunción del ejército y el peronismo, sin que medie ninguna transformación previa en el seno de este último.

Que ésa es una salida posible, no hay la menor duda; pero cabe preguntarse, ¿para quién? ¿Cuál será el contenido de clase de esa salida de no mediar una transformación profunda de las fuerzas que la componen? ¿Esa conjunción podrá constituir una auténtica dirección revolucionaria, o la existencia de esa dirección es lo único que garantiza el carácter revolucionario que tal conjunción de fuerzas pueda tener?

Naturalmente, esta conjunción de fuerzas no es otra cosa que una reedición del gobierno peronista, pero en las totalmente distintas circunstancias actuales.

Las variantes fundamentales que podría tener esa conjunción están determinadas por el papel que desempeñen dentro de ella las dos fuerzas que la componen: el ejército y el peronismo. De este modo, dicha conjunción llevaría al poder: o a un representante de algún sector nacional del ejército con el apoyo del peronismo, o a un representante del peronismo con el apoyo del ejército. Analicemos cada una de estas variantes posibles.

14. El ejército como dirección revolucionaria

Es bien sabido el papel positivo que el ejército —o, mejor dicho, un sector nacional que predomine en él— puede llegar a cumplir, desde el punto de vista de la liberación nacional, en los países semicoloniales, y es bien sabido que, estando la liberación nacional en esos países directa-

mente vinculada a las luchas de liberación social, tal papel positivo puede serlo también en este último aspecto. Los casos de Perón y Nasser, a pesar de sus diferencias, determinadas por el distinto grado de desarrollo de la Argentina del 45 respecto a Egipto en la época en que subió Nasser, resultan ilustrativos.

De este modo, en los países semicoloniales, pese a la función del ejército en la sociedad burguesa como sostenedor de las clases dirigentes, los sectores más lúcidos y nacionales de su oficialidad pueden llegar a encabezar, en un principio, la lucha antiimperialista, enfrentándose con las clases dominantes nativas más parásitarias.

Sin embargo, este posible papel revolucionario del ejército no resulta de ningún modo independiente de las fuerzas sociales actuantes en el país, sino que se halla determinado por ellas. Es decir, que el mayor o menor grado de profundización que pueda alcanzar la revolución nacional encabezada por el ejército no depende de la simple voluntad y espíritu revolucionario y nacionalista de los oficiales progresistas en el poder (voluntad y espíritu que, a su vez, se hallan condicionados por el mismo proceso), sino del carácter y peso social de las clases nativas que apoyan su acción. Según el carácter y peso de esas clases será el cauce que tome el proceso revolucionario, profundizándose o estancándose.

Toda política es, en última instancia, política de clase. El ejército no constituye una clase y carece, por lo tanto, de una política propia, independiente de las clases actuantes en la sociedad. En el mundo contemporáneo, cuando mayor es la diferenciación de las clases, es decir, cuando mayor es el grado de desarrollo alcanzado por un determinado país, mayor es la subordinación del ejército en el poder a la presión de los intereses de clase. A la inversa, cuando menor es la diferenciación de las clases (diferenciación cualitativa y cuantitativa), cuando mayor es el atraso, más se amplían los márgenes posibles de una relativa independencia política del ejército respecto a las clases, y más se amplían, también, sus posibilidades de realizar una política nacional consecuente frente a la oligarquía y el imperialismo, con el respaldo masivo de la inmensa mayoría de la población.

Así, en las condiciones de extremo atraso de Egipto, la casi inexistencia de una burguesía industrial nativa permitió que el sector nacional del ejército, encabezado por Nasser, en su enfrentamiento con el imperialismo y la oligarquía, se viera fundamentalmente presionado por las masas populares, a pesar de su desorganización y de su indiferenciación (y, tal vez, gracias a ella), no pudiendo dicha burguesía industrial ejercer su papel neutralizador, y posibilitándose, de este modo, la profundización del proceso. Y así, también, el relativo desarrollo industrial de nuestro país y, por consiguiente, la existencia de una burguesía industrial fortalecida durante la guerra, frente a la falta de organización revolucionaria de clase del movimiento obrero (netamente diferenciado ya, como clase, de los restantes sectores de la sociedad) —satisfecho además por el cumplimiento de sus reivindicaciones mínimas—, permitió que esa burguesía industrial tuviera un mayor peso en el gobierno peronista, neutralizando la pasiva presión del proletariado, orientando el proceso y determinando el estancamiento de la revolución que llevaría a la derrota del 55.

De este modo, resulta erróneo suponer que el ejército, receptáculo de todas las presiones de clase, pueda tener, en nuestro país, una política propia e independiente. Cualquier salida nacional que el ejército intente, necesariamente estará condicionada por la clase que sea capaz de ejercer más efectivamente su presión.

¿Se encuentra la clase obrera argentina en condiciones de imponer sobre un gobierno militar nacional el ejercicio de una política propia de clase y, por lo tanto, *realmente nacional*?

Estando la clase obrera en el peronismo, y siendo la dirección peronista una dirección nacional-burguesa, es evidente que no.

Lo único que podría garantizar tal cosa es la existencia de una dirección verdaderamente revolucionaria, y, por lo tanto, obrera. Con lo cual volvemos al punto de partida. *Si la existencia de una dirección y una organización revolucionaria en el seno del movimiento obrero, no hay salida revolucionaria y nacional posible a través del ejército.* El mismo carácter nacional-burgués de la dirección peronista, sumado al redoblado poderío de la burguesía industrial en su estrecha ligazón actual con el imperialismo, más las circunstancias mundiales imperantes, frustraría toda salida de ese tipo, encauzando el proceso en beneficio de las clases dominantes y el imperialismo y en contra de los auténticos intereses nacionales.

15. El peronismo como dirección revolucionaria

La segunda variante se encuadra, en términos generales, dentro de las características ya apuntadas en el caso del ejército y que, por lo tanto, no creemos necesario detallar. De ellas se deduce claramente que si la clase obrera no se organiza en forma revolucionaria, liquidando la actual dirección burocrática del peronismo, Perón, o quien sea en su lugar, inevitablemente —por la capacidad de presión de la burguesía, derivada de una plena conciencia de sus intereses, conciencia que en la clase obrera aún no ha alcanzado el grado necesario— hará la política de la burguesía “nacional”, que, en las actuales circunstancias, no será otra que la del imperialismo (yanqui, Mercado Común Europeo o ambos).

Convengamos en que, sea por lo que fuere, la política personal de Perón ha tendido siempre, objetivamente, a mantener e incluso fortalecer esa dirección burocrática del peronismo, con todos sus lastres nacional-burgueses. De este modo la clase obrera permanece, a través del peronismo, en la ambigüedad ideológica, la no organización revolucionaria; en fin, en una situación objetiva de impotencia y debilidad, a pesar de sus incalculables posibilidades.

16. La reconstrucción del frente

Como vemos, la conjunción del ejército y el peronismo, *sin la existencia de una dirección revolucionaria en el movimiento obrero*, puede, sí, constituir una salida, pero no para el proceso revolucionario, sino para la burguesía industrial y el imperialismo. De hecho, significa la reconstrucción del funesto frente de clases —por el cual tan denodadamente lucha Frigerio— *sin hegemonía obrera*. La hegemonía en ese frente, úni-

garantía de avance en el cumplimiento de las tareas nacionales, sólo puede concretarse si la clase obrera está organizada revolucionariamente por una auténtica dirección de clase. Sólo así la clase obrera estará en condiciones de dar la tónica en el proceso, de lo contrario deberá conformarse, una vez más, con un papel subordinado, de apoyo pasivo, que, en las actuales circunstancias de crisis, le significaría todas las desventajas sin ninguna de las ventajas existentes en la década del 45 al 55.

De más está decir que si la clase obrera impone su primacía en el frente la burguesía "nacional" se apartará inmediatamente de él, destruyéndolo como tal y pasando decididamente al campo de la reacción, y esto obligará a la clase obrera a tomar el poder directamente y por completo en sus manos, encaminándose hacia el socialismo y la unidad latinoamericana. Cualquier alianza frentista de la clase obrera con la burguesía "nacional", sin la existencia de una organización obrera independiente, con su propia política de clase, es, objetivamente y en última instancia, reaccionaria, y existiendo esa organización obrera independiente, es imposible.

Sin embargo, tal cosa no quiere decir que ante la inexistencia actual de esa dirección independiente los militantes revolucionarios deban mantenerlos y aconsejar a los obreros una prescindencia absoluta frente a los inevitables rozamientos de los distintos sectores de las clases dominantes con uno u otro imperialismo y entre sí. En cada situación concreta deben adoptar la posición táctica más apropiada desde el punto de vista de los intereses y fines revolucionarios, sin perder de vista a estos últimos y, por lo tanto, sin propiciar alianzas más o menos estables con ningún sector burgués. Igualmente habrá de ser cuando la dirección revolucionaria sea un hecho. Lo que sí queremos decir es que todas las posturas tácticas deben estar encuadradas dentro de una estrategia cuyo objetivo más inmediato es la concreción de esa dirección independiente y, por lo tanto, deben acompañarse de una sistemática y permanente labor de esclarecimiento, tendiente a destruir cualquier posible ilusión respecto a la progresividad de alguno de aquellos sectores burgueses en relativa y momentánea pugna.

Y esto no significa hacer "juanbejustismo", no significa reemplazar una política nacional antiimperialista por la política clasista que, al combatir a los sectores nacionales de la burguesía industrial, hace objetivamente el juego a la oligarquía y el imperialismo. No significa tal cosa, por la sencilla razón de que esos sectores nacionales de la burguesía industrial actualmente no existen; al menos con significación y peso suficientes como para justificar el frente con ellos. La única clase real y consecuentemente nacional y antiimperialista que existe en la actualidad es la clase obrera. De este modo, lo nacional y lo social, no sólo no se excluyen, sino que uno y otro son una misma cosa. En nuestro país, y ahora, la lucha por la liberación nacional, lejos de postergar la lucha de clases, se funda en ella. Sin liberación social de los trabajadores no hay liberación nacional del país en su conjunto, y la liberación nacional involucra la liberación social. Lo nacional debe tener para nosotros un contenido de clase preciso: la clase obrera. Todo lo que no tenga ese contenido, objetivamente, no es nacional, por mucho que se disfraze de tal. Al mismo tiempo, por ser América Latina la última reserva y sus-

tento del centro imperialista más importante: Estados Unidos, su liberación nacional constituye la etapa definitiva —por ello tal vez la más importante— de la lucha por la liberación social de los trabajadores del mundo entero.

17. La burocracia sindical como dirección revolucionaria

Existen, finalmente, quienes ven en la burocracia sindical peronista una vía abierta —por la sola profundización de la crisis y la presión de las masas que ella *espontáneamente* generaría— hacia su transformación en dirección revolucionaria.

Resulta evidente que la base de sustentación de la burocracia sindical está en las masas agremiadas. Tal cosa establece el que no pueda dejar de responder a la presión de las bases, a riesgo de perder su posición de privilegio. La presión de las bases es, pues, el principal elemento que determina la actitud de la burocracia sindical.

Al mismo tiempo, en un país semicolonial como el nuestro, la permanente inestabilidad económica de las masas, consecuencia de la situación de crisis crónica en que se desenvuelve la economía en general, al engendrar periódicamente presiones de base más o menos intensas, impide la consolidación estable —tal como se da en los países avanzados— de los burócratas sindicales, obligando a éstos, de un modo o de otro, a responder a esa presión.

Sin embargo, la situación de privilegio que implica el ser burócrata sindical, como así también su carácter específico de intermediario entre las bases y la patronal *dentro del orden capitalista*, determinan el ejercicio de una política conservadora y de casta, que si bien no tiene más remedio que responder a la presión de las bases, lo hace siempre tratando de frenar y amortiguar los conflictos, negociando con la patronal y el Estado burgués, pues la agudización de la lucha de clases hace peligrar sus posiciones de privilegio, ya sea por la acción directa del Estado interviniendo los sindicatos, ya sea por la misma presión de las bases que podría llevar a primer plano a sus representantes más combativos, desplazando a los burócratas. En este dilema de hierro se mueve la acción de los burócratas sindicales, determinando su política fluctuante y negociadora, encaminada, más que a defender los intereses de los trabajadores, a conservar sus propios privilegios de casta.

Quiere decir, entonces, que la burocracia sindical, por sí misma, es incapaz de llevar adelante una política verdaderamente obrera y revolucionaria.

No obstante esto, la extrema agudización de la lucha de clases y la presión de las bases que ella genere, puede obligar a la burocracia sindical a ejercer esa política obrera y revolucionaria en un intento supremo por no perder sus posiciones directivas, pero sin olvidar que tal situación únicamente puede darse a pesar suyo y no por su propia voluntad.

De todos modos, eso implicaría, de hecho, la transformación de la burocracia sindical, o de algunos de sus representantes, en vanguardia directiva del proceso revolucionario, justificando las esperanzas de quienes creen en ella.

Pero, cabe preguntarse, no existiendo una dirección política revolucionaria de la clase obrera, independiente de la burocracia sindical ¿es posible llegar a esos extremos grados de presión de las bases que obliguen a ésta a adoptar una posición revolucionaria, abandonando sus intentos negociadores? ¿Acaso en ausencia de esa dirección política revolucionaria independiente no es, precisamente, la burocracia sindical quien asume el papel directivo, tal como sucede en nuestro caso? Y si la dirección política de la clase obrera se halla, como sucede, en manos de la propia burocracia sindical consustanciada con los políticos burgueses, ¿es acaso posible su transformación revolucionaria sin su desplazamiento de la dirección política por otros sectores realmente revolucionarios?

En suma, sin la existencia de una dirección política realmente revolucionaria, ¿es lícito esperar la transformación revolucionaria de la burocracia sindical peronista?

Una simple y lógica respuesta a estos interrogantes nos demuestra claramente lo ilusorio de la creencia en que la sola y pura agudización de la crisis económica obligará a la burocracia sindical a adoptar actitudes revolucionarias a riesgo de ser desplazada. Para que tal cosa sucediera, para que la presión de las masas alcanzara la intensidad requerida, éstas deberían estar organizadas por una dirección revolucionaria. Y mientras esa dirección no exista los encargados de organizar a las masas serán, como lo son actualmente, los propios burócratas sindicales, con los resultados que todo el mundo tiene a la vista. Piénsese si no en el Plan de Lucha cegetista, su vergonzosamente inacabable número de etapas y la nulidad lastimosa de sus resultados, a pesar del entusiasta apoyo de los trabajadores.

La eventual transformación revolucionaria de los sindicatos será el resultado y no la causa de la aparición de una auténtica dirección obrera y revolucionaria. La tarea política más importante consiste en trabajar seriamente por esa aparición, dejando de lado toda clase de "entrismo" y "seguidismo" oportunistas respecto a los burócratas sindicales.

El desplazamiento de la dirección sindical burocratizada será, entonces, una *consecuencia* de la organización política revolucionaria del proletariado peronista, gestada a partir de las bases y relativamente al margen de la acción dentro del aparato de los sindicatos.

Sin embargo, esto no quiere decir que deba abandonarse totalmente esa acción. Simplemente expresamos nuestro convencimiento de que ella no constituye la tarea principal y primera que deba plantearse la militancia revolucionaria.

Naturalmente que la lucha por aquella organización política revolucionaria del proletariado no significa una renuncia total a actuar en las esferas sindicales. En la medida de lo posible y siempre que esa acción pueda llevarse a cabo *sin ningún tipo de concesiones a los modos burocráticos que asume la lucha interna en los sindicatos*, sería absurdo el renunciar a ella. Pero *restringir la actividad política revolucionaria al solo trabajo en los sindicatos* es condenarse de antemano a la impotencia. Son bien conocidas las dificultades que presenta la lucha dentro de ellos y los términos en que se plantea; términos dictados por la propia burocracia respaldada por el control de la dirección y el aparato. Sólo podrán

cambiarlos esos términos, obligando a los burócratas a luchar en un terreno no elegido por ellos, colocándolos en una situación objetiva desfavorable. Y para eso hace falta una acción revolucionaria *total* —político-práctica, ideológica, etc.— que requiere un cierto apoyo de masas frente a la burocracia. Apoyo que sólo la acción *política* directa en las bases puede otorgar. Como es lógico, los burócratas no tolerarán una acción de este tipo dentro de los sindicatos por ellos controlados y crearan toda suerte de obstáculos, desgastando y tratando de desestimular ante las bases a los militantes revolucionarios. Siempre que la lucha en los sindicatos no imponga concesiones a la burocracia debe abordársela decididamente, pero sin circunscribir la acción a ese único ámbito; ni siquiera asignarle importancia primordial.

18. "Entrismo" y "seguidismo": oportunismo

Teniendo en cuenta las condiciones más arriba establecidas que debe llenar la dirección obrera revolucionaria, veamos ahora qué hacen los sectores de izquierda actuantes dentro del peronismo por concretarla.

Tanto los sectores e individuos provenientes de otras agrupaciones de izquierda (por lo común antiperonistas y cipayas) que, como consecuencia de la crisis política general y mediante la asimilación de algunas posiciones nacionales, practican el "entrismo" en el peronismo, como casi todos los sectores e individuos que dentro mismo de éste han evolucionado hacia posiciones de izquierda, tienen en común una política "seguidista" respecto a la dirección nacional-burguesa del peronismo.

Esta política, al no promover la necesaria autocritica interpretativa del desarrollo del movimiento desde sus orígenes, como así también la crítica objetiva de su actual dirección, empezando por el mismo Perón, contribuye a mantener al peronismo dentro de la ambigüedad ideológica que lo caracteriza, con todas sus "terceras posiciones" y su fetichización irracional del "líder".

Pese a los ataques de algunos sectores aislados hacia la burocracia sindical y la dirección política local del movimiento, al soslayarse la discusión a fondo de toda la política peronista, especialmente desde su caída, promoviendo una real y auténtica superación ideológica en las bases, no se hace otra cosa que contribuir al mantenimiento y fortalecimiento de esa burocracia sindical y de esa dirección política local, exponiéndose a las periódicas, directas o indirectas, desautorizaciones del jefe del movimiento y oficiando así como "idiotas útiles" de una política sobre la cual no tienen posibilidad alguna de presionar. De este modo contribuyen a la perpetuación de los prejuicios, mitos burgueses y factores alienantes de toda índole que configuran el principal obstáculo al surgimiento de una dirección revolucionaria en el peronismo obrero.

Como consecuencia del ejercicio de un "practicismo" empirista se renuncia a la tarea esclarecedora de fondo, única capaz de promover la elevación de la autoconciencia obrera, sin la cual es imposible, en las actuales circunstancias, constituir una genuina vanguardia revolucionaria. La política burguesa de los medios ocupa el lugar de la política revolucionaria de los fines.

Por una extraña paradoja, los que ayer no más profesaban un antiperonismo cipayo, parapetados en su "purismo marxista", hoy descenden al ejercicio de un "realismo" político ramplón y oportunista. Otros, en cambio, habiendo evolucionado de posiciones nacional-burguesas a posiciones ideológicas revolucionarias, dentro del mismo peronismo, no se deciden a actuar consecuentemente con esas posiciones revolucionarias, y persisten en el ejercicio de una práctica política burguesa.

Según todos ellos, estando la clase obrera en el peronismo, y compartiendo los prejuicios, mitos y ambigüedades ideológicas que caracterizan a éste, lo que hay que hacer es colocarse en ese nivel, pero no para promover la destrucción de esos prejuicios y mitos elevando y clarificando el nivel ideológico de las masas, sino para, a través de una mimetización en ese nivel, compartir esos prejuicios y mitos, incluso fortalecerlos, y tratar de "empujar" a los obreros sin que se den cuenta. En pocas palabras, se confunde el contacto político con el contacto personal, abandonando la tarea esclarecedora, que es, en estos momentos, la fundamental.

Extraño marxismo éste, que denota una profunda desconfianza en la capacidad de transformación y gestión de las masas —desconfianza muy parecida al desprecio del intelectual pequeñoburgués.

Extraño marxismo, que en nombre de la acción "práctica" renuncia a la acción ideológica, escindiendo práctica y teoría; que supedita la estrategia revolucionaria a la táctica "entrista" y oportunista; que disfraza ante las masas de "sútiles maniobras políticas con fines revolucionarios" lo que sólo son vergonzosos acuerdos con el frigerismo, permitiendo de este modo que se continúe atando a la clase obrera al carro de la burguesía industrial proimperialista; que, en fin, por todas estas razones, no sólo no impulsa la formación en el seno del peronismo obrero de una auténtica vanguardia revolucionaria, sino que, incluso, interfiere en su aparición, al no promover la elevación de la autoconciencia histórica de las masas, al no promover la asimilación efectiva de los principios revolucionarios básicos por ellas, al no redimir al marxismo —única teoría revolucionaria y único método interpretativo de la realidad adecuado a los intereses de la clase obrera— del desprestigio en que lo sumieron las reiteradas traiciones de la "izquierda" liberal y cipaya, y al no establecer claramente, sin ambigüedades, que, o el peronismo obrero se da una dirección propia, de clase, revolucionaria, lo suficientemente coherente y lúcida como para determinar la política general del movimiento, o esta política seguirá siendo determinada por los burócratas apoltronados y venales y los políticos burgueses, interesados en transformar definitivamente al peronismo en un mero apéndice de la burguesía industrial y el imperialismo.

Mientras esa dirección no exista, el peronismo obrero continuará, como hasta ahora, siendo utilizado como mera masa de maniobras por los burócratas y políticos burgueses, en sus esfuerzos puramente negociadores con el régimen. Toda lucha contra éste continuará siendo imposible y condenada de antemano al fracaso. Incluso la lucha por el retorno de Perón —objetivamente positiva por sus potencialidades desencadenantes de hechos revolucionarios que necesariamente profundizarían los fines de la clase obrera argentina— servirá únicamente para buscar

un acuerdo negociado, por el cual ese retorno se produzca en condiciones frenadoras de la combatividad de las masas y para salvaguardar en lo esencial, al régimen imperante.

La "izquierda" debe realizar una autocritica a fondo, reconociendo la falsedad de su sectaria, antinacional y reaccionaria interpretación del peronismo. Sin embargo, esa autocritica debe significar el aproximarse a la realidad del país con un sentido objetivo y revolucionario, y no pasar de un salto desde las abstracciones cipayas al oportunismo "practicista" y sin principios. Pero también el peronismo debe realizar ante la clase obrera en él ubicada su propia autocritica. Y si no son los sectores más esclarecidos de ese peronismo los que la realicen, ¿quién habrá de ser?: ¿los burócratas?; ¿los políticos burgueses?; ¿los especialistas del acuerdo entreguista? Seguramente no. Ya que son ellos, precisamente, los que en forma directa usufructúan de la ambigüedad ideológica del peronismo. Ellos en forma directa y la burguesía "nacional" y el imperialismo en forma indirecta. Por eso, tanto el "entrismo" de los izquierdistas-peronistas como el "seguidismo" hacia la dirección del movimiento de los peronistas-izquierdistas, indirectamente, no son otra cosa que oportunismo hacia la burguesía "nacional" y el imperialismo, yanqui, europeo, o ambos, lo mismo da.

CONCLUSION

Ante el fracaso de las políticas ensayadas se impone una seria revaloración crítica de todas ellas. Dicha revaloración crítica no debe limitarse a la pura descalificación negativa de lo hecho, sino que implica el ir precisando los modos de acción más adecuados a los fines revolucionarios. No ha sido el propósito de este trabajo el dar recetas infalibles y respuestas correctas para cada una de las situaciones que se plantean a la militancia revolucionaria en nuestro país. Hemos querido, solamente, esbozar las líneas generales a las cuales creemos que debe ajustarse esa militancia. El resto, sólo la experiencia en la acción puede ir determinándolo.

El proceso revolucionario en la Argentina establece, a nuestro entender, la necesidad de tener en cuenta una serie de requisitos insoslayables cuya enumeración hemos intentado. Establece la posesión de una clara estrategia revolucionaria, con fines precisos y medios adecuados a esos fines. Una estrategia orientada hacia la concreción de la unidad socialista de América Latina a través de la realización a fondo, bajo la dirección de la clase obrera, de las incumplidas tareas nacionales. Establece el trabajar efectivamente por posibilitar ese papel directivo de la clase obrera, lo que, a su vez, implica el trabajar por el surgimiento de una auténtica vanguardia revolucionaria de los trabajadores ajustada a las condiciones que hemos establecido. Y esto implica el abandonar definitivamente todas las formas oportunistas y/o sectarias de acción política que, desgraciadamente, han prevalecido y prevalecen en nuestro ámbito. Establece el impulsar la transformación revolucionaria de la clase obrera mediante la superación del peronismo en su fase actual. Y establece

finalmente, el reemplazar el empirismo "practicista" por una labor ideológica y organizativa de fondo, tendiente a formar cuadros obreros revolucionarios *de base*, perfectamente lúcidos y conscientes de sus objetivos y de clase.

Todo esto significa el trabajar intensamente en las bases obreras del peronismo, pero sin ambigüedades ideológicas ni disfraces, abandonando las estériles esperanzas de ascender subrepticiamente dentro del aparato peronista para "copar" desde arriba. Significa el trabajar al margen de dicho aparato como tal. Al margen y en contra de las "trenzas" y componendas de burócratas. Significa, por último, el trabajar seriamente y desde abajo por crear los cimientos sólidos que aseguren el triunfo revolucionario en la próxima e inevitable movilización de las masas, y que aseguren la profundización, hasta el cumplimiento pleno de sus fines, del proceso revolucionario.

El 17 de octubre de 1945 los trabajadores argentinos se movilizaron en defensa de sus intereses inmediatos de clase, irrumpiendo en la escena política como los principales actores. No obstante, su triunfo momentáneo terminó en una postergación que finalmente fue derrota. Desde 1955 hasta ahora, una larga cadena de frustraciones señaló el camino del movimiento obrero. Faltaba y falta la herramienta indispensable para asegurar los triunfos parciales e impulsar y organizar efectivamente la lucha en todos los frentes. Esa herramienta, para los trabajadores, no es otra que su propia dirección de clase. La única tarea importante y rápida concreción.

PRIMERA ADVERTENCIA

Quienes integramos el comité editor de PROGRAMA —Alberto Belloni, Ricardo Carpani, Ruben Bortnik— consideramos indispensable dejar claramente establecida nuestra total y absoluta desvinculación de la agrupación denominada C.O.N.D.O.R., y de los actos, declaraciones y publicaciones de todo tipo, patrocinados y/o firmados por dicha agrupación.

Excepto el manifiesto preliminar de C.O.N.D.O.R. (4 de junio de 1954 —respecto al cual hemos participado en la discusión previa y, por lo tanto, asumimos la responsabilidad de sus conclusiones finales— las restantes y posteriores acciones políticas vinculadas, directa o indirectamente, a C.O.N.D.O.R. como así también las publicaciones aparecidas con esa sigla —en especial el folleto titulado "El retorno de Perón": Alienación y Contrarrevolución de los "izquierdas"—, resultan completamente ajenas a nuestras posiciones políticas y extrañas a los objetivos por nosotros perseguidos.

Es decir, entonces, que quienes suscribimos esta nota aclaratoria, únicamente nos responsabilizamos de las posiciones planteadas en aquellos trabajos que lleven nuestra firma explícita.

Asimismo, aprovechamos la ocasión para manifestar que los dibujos y grabados de Ricardo Carpani —los ya publicados y los que se publiquen en el futuro— utilizados por distintos sectores políticos para ilustrar artículos, folletos, libros, etc., no implican la coincidencia del autor de dichos dibujos y grabados con las posiciones sostenidas en esos artículos, folletos, libros, etc. El contenido político de los dibujos de Carpani se halla implícito en su misma formulación plástica y temática, independientemente del texto para el cual se los haya utilizado como ilustración. Por lo tanto, de no mediar la aclaración de que tales o cuales dibujos fueron expresamente ejecutados para ilustrar un determinado texto, su autor no se responsabiliza del uso que eventualmente pueda hacerse de ellos.

Alberto Belloni

Ricardo Carpani

Ruben Bortnik